

E. M. CIORAN

HISTORIA Y UTOPIA

(Histoire et utopie - 1960)

A propósito de dos clases de sociedad **Carta a un amigo lejano**

Desde ese país que fue el nuestro, y que ya no es de nadie, usted me pide, después de tantos años de silencio, que le dé detalles sobre mis ocupaciones y sobre ese mundo «maravilloso» que, según usted, tengo la suerte de habitar y recorrer. Podría responderle que soy un hombre desocupado, y que este mundo no es maravilloso. Pero una respuesta tan lacónica, a pesar de su exactitud, no sabría calmar su curiosidad ni satisfacer las múltiples preguntas que me hace. Hay una que, por ser casi un reproche, me impresionó especialmente. Usted querría saber si tengo la intención de volver a escribir en nuestra lengua, o si pienso permanecer fiel a esta otra en la que usted me supone con bastante gratuidad una facilidad que no tengo, que nunca tendré. Sería embarcarme en el relato de una pesadilla referirle la historia de mis relaciones con este idioma prestado, con todas sus palabras pensadas y repensadas, afinadas, sutiles hasta la inexistencia, volcadas hacia la exacción del matiz, inexpressivas a fuerza de haber expresado tanto, de terrible precisión, cargadas de fatiga y de pudor, discretas hasta en la vulgaridad. ¿Cómo quiere que un escita las acepte, aprenda su significado neto y las manipule con escrúpulo y probidad? No hay una sola cuya elegancia extenuada no me dé vértigo: ninguna huella de tierra, de sangre, de alma hay en ellas. Una sintaxis de una rigidez, de una dignidad cadavérica las estruja y les asigna un lugar de donde ni el mismo Dios podría desplazarlas. *Cuánto café, cuántos cigarrillos y diccionarios para escribir una frase más o menos correcta en una lengua inabordable, demasiado noble, demasiado distinguida para mi gusto.* Y sólo me di cuenta de ello cuando, desgraciadamente, ya era demasiado tarde para apartarme; de otra forma nunca hubiera abandonado la nuestra, de la que a veces extraño el olor a frescura y podredumbre, mezcla de sol y de bosta, la fealdad nostálgica, el soberbio desharrapo. Ya no puedo retornar a ella; la lengua que tuve que adoptar me retiene y me subyuga a causa de esos mismos trabajos que me costó. ¿Soy, como usted lo insinúa, un «renegado»? «La patria no es más que un campamento en el desierto», reza un texto tibetano. Yo no voy tan lejos: daría todos los paisajes del mundo por el de mi infancia. Y aún me falta agregar que, si hago de él un paraíso, las prestidigitaciones o las deficiencias de mi memoria son las únicas responsables. A todos nos persiguen nuestros orígenes; el sentimiento que me inspiran los míos se traduce necesariamente en términos negativos, en el lenguaje de la autopunición, de la humillación asumida y proclamada, del consentimiento al desastre. ¿Es digno de psiquiatra un patriotismo así? Quizá sí, pero no puedo concebir otro, y viendo nuestros destinos, me parece -¿por qué negarlo?- el único razonable.

Más dichoso que yo, usted se ha resignado a nuestro polvo natal; además, tiene usted la facultad de soportar todos los regímenes, incluso los más rígidos. Y no es que usted no tenga la nostalgia de la fantasía y del desorden, pero no conozco espíritu más refractario que el suyo a las supersticiones de la «democracia». Hubo una época, es cierto, en la que yo también las detestaba, incluso más que usted: era joven y no podía advertir otras

verdades fuera de las mías, ni concederle al adversario el derecho de tener las suyas, de envanecerse de ellas o de imponerlas. Que los partidos pudiesen enfrentarse sin aniquilarse era algo que sobrepasaba mis posibilidades de comprensión. Vergüenza de la Especie, símbolo de una humanidad exhausta, sin pasiones ni convicciones, incapaz de absoluto, privada de futuro, limitada en todos los sentidos, incapaz de elevarse hacia esa alta sabiduría que me enseñaba que el objeto de una discusión era pulverizar al contrincante: es así como veía yo el régimen parlamentario. Por el contrario, los sistemas que querían eliminarlo para tomar su lugar me parecían bellos sin excepción, acordes con el movimiento de la Vida, mi divinidad de entonces. No sé si debo admirar o despreciar a aquel que, antes de los treinta años, no ha padecido la fascinación de todas las formas de extremismo, o si debo considerarlo como un santo o un cadáver. Falto de recursos biológicos, ¿no se ha situado acaso por encima o por debajo del tiempo? Deficiencia positiva o negativa, ¡qué importa! Sin deseo ni voluntad de destruir, es sospechoso, ha vencido al demonio o, lo que es más grave, nunca fue poseído por él. Vivir realmente es rechazar a los otros; para aceptarlos, hay que saber renunciar, violentarse a uno mismo, actuar contra la propia naturaleza, debilitarse; sólo se concibe la libertad para uno mismo: al prójimo se la otorgamos a duras penas, de ahí lo precario del liberalismo, reto a nuestros instintos, logro breve y milagroso, estado excepcional opuesto a nuestros imperativos profundos. Somos naturalmente inadecuados para él, y sólo nos lo hace aceptable la usura de nuestras fuerzas. Miseria de una raza que debe rebajarse por un lado para ennoblecerse por el otro, y en la que ningún representante, a menos que sea de una decrepitud precoz, se entrega a principios humanos. Función de un fuego extinto, de un desequilibrio, y no por exceso sino por falta de energía, la tolerancia no puede seducir a los jóvenes. No se mezcla uno impunemente en las luchas políticas; y nuestra época debe su aspecto sanguinario al culto que se les consagró: las convulsiones recientes emanan de ellas, de la facilidad con que aceptan una aberración y la traducen en acto. Dale a los jóvenes la esperanza o la ocasión de una masacre y te seguirán a ciegas. Al final de la adolescencia se es fanático por definición; yo también lo fui, y hasta el ridículo. ¿Se acuerda de la época en que echaba pestes incendiarias menos por el gusto de escandalizar que por necesidad de escapar a una fiebre que, sin el exutorio de la demencia verbal, me hubiera consumido? Persuadido de que los males de nuestra sociedad venían de los viejos, concebí la idea de una liquidación de todos los ciudadanos que hubiesen sobrepasado los cuarenta años, principio de la esclerosis y de la momificación, recodo a partir del cual, creía yo, todo individuo se convierte en un insulto para la nación y en un peso para la colectividad. Tan admirable me pareció el proyecto, que no dudaba en divulgarlo; los interesados apreciaron mediocrementemente el tenor de la cuestión y me calificaron de caníbal; mi carrera de benefactor público empezaba bajo malos augurios. Usted mismo, tan generoso y tan emprendedor, a fuerza de reservas y de objeciones me llevó a abandonar mi proyecto. ¿Era tan condenable? Expresaba simplemente lo que todo hombre que ama a su país desea en el fondo de su corazón: la supresión de la mitad de sus compatriotas.

Cuando hoy pienso en esos momentos de entusiasmo y de furor, en las especulaciones insensatas que arrasaban y obnubilaban mi espíritu, los atribuyo, no ya a sueños de filantropía y destrucción, a la obsesión de no sé qué pureza, sino a una tristeza bestial que, disimulada bajo la máscara del fervor, se desplegaba a mis expensas y de la que sin embargo era cómplice, feliz de no tener que escoger, como tantos otros, entre lo soso y lo atroz. Lo atroz me correspondía por derecho, ¿qué más podía desear? Tenía un alma de lobo y mi ferocidad se nutría de sí misma, me llenaba, me halagaba: era, en suma, el más feliz de los licántropos. Aspiraba a la gloria, y me apartaba de ella simultáneamente: obtenida, ¿cuál era su valor, me decía, si sólo nos distingue y nos destaca en las generaciones presentes y futuras pero nos excluye del pasado? ¿De qué sirve ser conocido si antaño no lo fue uno de tal sabio o de tal loco, de un Marco Aurelio o de un Nerón? No habremos existido nunca para tantos de nuestros ídolos, nuestro nombre no

habrá perturbado a nadie de los siglos anteriores, ¿qué importan los que vienen después?, ¿qué importa el futuro, esa mitad del tiempo, para quien enloquece por la eternidad?

Sería demasiado largo describirle merced a qué debates, y cómo, llegué a desembarazarme de tanto frenesí; se necesitaría una de esas interminables conversaciones cuyo secreto tiene, o tenía, el balcánico. Cualesquiera que hayan sido mis debates, no fueron la única causa del cambio en mi orientación; también contribuyó en mucho un fenómeno más natural y más doloroso: la edad con sus síntomas que no engañan; *empecé a demostrar cada vez más signos de tolerancia, anunciadores, me parecía, de algún cambio íntimo, de un mal sin duda incurable*. Lo que me alarmaba aún más era que ya no tenía la fuerza ni para desear la muerte de un enemigo; por el contrario, lo comprendía, comparaba su hiel con la mía: existía, y, decadencia sin nombre, estaba contento con su existencia. Mis odios, fuente de mis alegrías, se apaciguaban, enmagrecían día a día y, al alejarse, se llevaban consigo lo mejor de mí mismo. ¿Qué hacer? ¿Hacia qué abismo me deslizo?, me preguntaba sin cesar. A medida que mi energía declinaba se acentuaba mi inclinación hacia la tolerancia. Decididamente, ya no era joven: el *otro* me parecía concebible e incluso real. Me despedía de lo *Único y su propiedad*; la sensatez me tentaba, *¿estaba yo acabado? Hay que estarlo para convertirse en un demócrata sincero. Para mi dicha percibí que ése no era mi caso, pues aún conservaba restos de fanatismo, algunos vestigios de juventud*: no transigía sobre ninguno de mis nuevos principios, era un liberal *intratable*. Todavía lo soy. Feliz incompatibilidad, absurdo que me salva. A veces aspiro a ser el ejemplo del moderado perfecto: me congratulo de no conseguirlo, tanto temo la chochez. El momento vendrá en que, no temiéndola más, me aproxime a esa ponderación ideal con la que a veces sueño; y si los años deben conducirlo a usted, como espero, a una caída semejante a la mía, quizás, hacia fines de siglo, residiremos ambos allá, uno al lado del otro, en un parlamento resucitado y, seniles, podremos asistir a un perpetuo acto de magia. *Sólo se torna uno tolerante en la medida en que se pierde el vigor, en que se regresa suavemente a la infancia, en que se está demasiado agotado para atormentar a otro por amor al odio*.

Como usted ve, tengo «amplios» puntos de vista sobre todas las cosas. Y tanto que ignoro dónde estoy en relación a cualquier problema. Usted mismo juzgará con respecto a las preguntas que me hace: «¿Perseverará en sus prejuicios contra nuestro pequeño vecino del Oeste? ¿Alimenta aún los mismos resentimientos?». No sé qué responder; lo más que puedo hacer es o sorprenderlo o decepcionarlo. Y es que, sabe, no tenemos la misma experiencia de Hungría.

Nacido más allá de los Cárpatos, usted no podía conocer al gendarme húngaro, terror de mi infancia en Transilvania. Cuando de lejos veía yo a alguno, me entraba un pánico que me hacía huir: él era el extranjero, el enemigo; odiar era odiarlo. Por su culpa yo detestaba a todos los húngaros con una pasión verdaderamente magiar. Y esto le indica cómo me *interesaban*. Posteriormente las circunstancias cambiaron y ya no había razón para detestarlos. Pero no impidió que durante mucho tiempo no pudiera pensar en un opresor sin *evocar sus taras y sus prestigios*. ¿Quién se rebela, quién se subleva? Raramente los esclavos, pero casi siempre el opresor convertido en esclavo. Los húngaros conocen de cerca la tiranía por haberla ejercido con una habilidad incomparable: las minorías de la antigua monarquía podrían dar testimonio. Porque supieron, en su pasado, representar bien el papel de ambos, estaban, en nuestros días, menos dispuestos que ninguna otra nación europea a soportar la esclavitud; si tuvieron el gusto por el mando, ¿cómo no iban a tenerlo por la libertad? Orgullosos de su tradición de perseguidores, por medio del mecanismo del sojuzgamiento y la intolerancia, se sublevaron contra un régimen que ellos mismos habían reservado a otros pueblos. Pero nosotros, querido amigo, no habiendo tenido hasta ahora la suerte de ser opresores, tampoco podíamos tener la de ser rebeldes. Privados de esa doble dicha, llevamos

correctamente nuestras cadenas, y haría prueba de mala voluntad negando las virtudes de nuestra esclavitud, aunque reconozco, sin embargo, que los excesos de nuestra modestia nos llevan hacia extremos inquietantes; tanta cordura sobrepasa los límites; es tan desmedida que a veces me descorazona. Envidia, lo confieso, la arrogancia de nuestros vecinos, envidia incluso su lengua, feroz, de una belleza que nada tiene de humana, con sonoridades de otro mundo, poderosa y corrosiva, apropiada para la plegaria, para los rugidos y los lloros, salida del infierno para perpetuar su acento y su brillo. Aunque sólo conozco sus palabrotas, me gusta muchísimo, no me canso de escucharla, me encanta y me hiela, sucumbo bajo su encanto y su horror, bajo todas esas *palabras de néctar y de cianuro*, tan adaptadas a las exigencias de una agonía. *Es en húngaro como se debería expirar*, o renunciar a la muerte.

Decididamente odio cada vez menos a mis antiguos amos. Pensándolo bien, incluso en tiempos de su máximo esplendor estuvieron solos en medio de Europa, aislados en su fiereza y en sus nostalgias, sin afinidades profundas con las otras naciones. *Después de algunas incursiones en Occidente, donde pudieron exhibir y dispendiar su primitivo salvajismo, retrocedieron, conquistadores degenerados en sedentarios, hacia las orillas del Danubio para cantar, lamentarse y desgastar sus instintos.* Hay entre esos hunos *refinados* una melancolía hecha de crueldad revertida cuyo equivalente no se encuentra en ninguna otra parte: se diría que es la sangre la que se pone a pensar en sí misma, y que, al final, se convierte en melodía. Próximos a su esencia, aunque afectados e incluso marcados por la civilización, conscientes de descender de una horda sin igual, marcados por una fatuidad a la vez profunda y teatral que les da un aire más romántico que trágico, no podían fallar en la misión que les correspondía en el mundo moderno: rehabilitar el chauvinismo introduciendo suficientes fasto y fatalidad como para tornarlo pintoresco a los ojos del observador desengañado. Estoy tanto más inclinado a reconocer su mérito cuanto que fue gracias a ellos que sentí la peor de las humillaciones: la de nacer siervo y sufrir los «dolores de la vergüenza», los más insoportables de todos según un moralista. ¿No ha resentido usted mismo la voluptuosidad que se obtiene en el esfuerzo de objetividad hecho hacia los que le han escarnecido, menospreciado, maltratado, sobre todo cuando se comparten en secreto sus vicios y sus miserias? No infiera de esto que deseo ser promovido al rango de magiar. Lejos de mí tal pretensión: conozco mis límites y a ellos me atengo. Por otra parte, también conozco los de nuestra vecina, y basta que mi entusiasmo por ella disminuya un poco para que no saque ningún orgullo del honor que me hizo persiguiéndome.

Los pueblos, mucho más que los individuos, nos inspiran sentimientos contradictorios; los amamos o detestamos al mismo tiempo; objetos de apego y de aversión, no merecen que se alimente por ellos una pasión definida. *La parcialidad de usted hacia los de Occidente, cuyos defectos no distingue claramente, es efecto de la distancia: error de óptica o nostalgia de lo inaccesible.* Tampoco distingue usted las lagunas de la sociedad burguesa, y sospecho incluso algunas complacencias en ella. Que de lejos tenga usted una imagen maravillosa de ella, es natural; pero como yo la conozco de cerca, mi deber es combatir las ilusiones que usted podría alimentar hacia ella. No me desagrade por completo -usted conoce mi debilidad por lo horrible-, sino que el gasto de insensibilidad que exige para que uno la soporte es superior a mis recursos de cinismo. Es decir poco el afirmar que en ella las injusticias abundan: la sociedad burguesa es, en realidad, la quintaesencia de la injusticia. Sólo los ociosos, los parásitos, los expertos en ignominia, los pequeños y grandes canallas, se aprovechan de los bienes que ella expone, de la opulencia con que se enorgullece: delicias y profusiones superficiales. Bajo el brillo que sustenta se esconde un mundo de desolación cuyos detalles le ahorraré. ¿Cómo explicar que sin la intervención de un milagro esta sociedad no se reduzca a polvo ante nuestros ojos o que se la haga estallar inmediatamente?

«Nuestra sociedad no vale más, por el contrario», objetará usted. Ciertamente. Ahí está en efecto *el busilis*. Nos encontramos frente a dos tipos de sociedades intolerables. Y lo

grave es que los abusos de la que usted vive permiten a esta otra perseverar en los suyos propios y oponer con bastante eficacia sus horrores a los que se cultivan en la contraria. El reproche capital que se le puede hacer al régimen de usted es el de haber arruinado la utopía, principio de renovación de las instituciones y de los pueblos. La burguesía comprendió el partido que podía sacar contra los adversarios del *status quo*; el «milagro» que la salva, que la preserva de una destrucción inmediata, es precisamente el fracaso del otro lado, el espectáculo de una gran idea desvirtuada, la decepción que provoca y que, al apoderarse de los espíritus, los paraliza. Decepción verdaderamente inesperada, sostén providencial del burgués, que en ella vive y de ella extrae la razón de su seguridad. Las masas no se ponen en movimiento si sólo tienen que optar entre males presentes y males futuros; resignadas a los que ya sufren, no tienen ningún interés en arriesgarse hacia otros, desconocidos pero ciertos. Las miserias previsibles no excitan las imaginaciones, y no hay revolución que haya estallado en nombre de un futuro sombrío o de una profecía amarga. ¿Quién hubiera adivinado, en el siglo pasado, que la nueva sociedad iba, a causa de sus vicios e iniquidades, a permitir a la antigua mantenerse e incluso consolidarse, y que lo posible, convertido en realidad, volaría en auxilio de lo finiquitado?

Aquí como allá, todos estamos en un punto muerto, igualmente menguados en esa ingenuidad en la que se elaboran las divagaciones sobre el futuro. A la larga, la vida sin utopía es irrespirable, para la multitud al menos: a riesgo de petrificarse, el mundo necesita un delirio renovado. Es la única evidencia que se desprende del análisis del presente. *Mientras tanto, nuestra situación, la nuestra de aquí, no deja de ser curiosa. Imagínese una sociedad superpoblada de dudas en la que, a excepción de algunos despistados, nadie se compromete enteramente con nada; en la que, carentes de supersticiones y de certezas, todos se envanecen de la libertad y nadie respeta la forma de gobierno que la defiende y encarna. Ideales sin contenido, o, para utilizar una palabra totalmente adulterada, mitos sin sustancia. Usted está decepcionando a causa de promesas que no podían ser mantenidas; nosotros lo estamos por falta de promesas simplemente. Al menos tenemos conciencia de la ventaja que confiere a la inteligencia un régimen que, por el momento, la deja desplegarse a sus anchas sin someterla a los rigores de ningún imperativo. El burgués no cree en nada, es un hecho; pero es ése, si puede decirse, el lado positivo de su vacío, dado que la libertad sólo se puede manifestar en el vacío de creencias, en la ausencia de axiomas, y sólo ahí es donde las leyes no tienen más autoridad que una hipótesis. Si se me dijera que, por el contrario, el burgués cree como quiera que sea en algo pues el dinero cumple en él la función del dogma, yo replicaría que ese dogma, el más terrible de todos, es, por extraño que parezca, el más soportable para el espíritu. Perdonamos a los demás sus riquezas si, a cambio, nos dejan la libertad de poder morir de hambre a nuestro modo. No, no es tan siniestra esa sociedad que no nos presta atención, que nos abandona, que garantiza el derecho de atacarla, que invita a ello, e incluso obliga a hacerlo en sus horas de pereza, cuando ya no tiene suficiente energía para execrarse a sí misma. En última instancia, es tan indiferente a su propia suerte como a la nuestra, no quiere de ninguna manera usurpar nuestras desgracias, ni para suavizarlas ni para agravarlas, y si nos explota es por automatismo, sin premeditación ni alevosía, como corresponde a los brutos cansados y hartos, tan contaminados por el escepticismo como sus víctimas. La diferencia entre los regímenes es menos importante de lo que parece; ustedes están solos por fuerza, nosotros lo estamos sin ninguna presión. ¿Tan grande es la diferencia entre el infierno y un paraíso desolador? Todas las sociedades son malas; pero hay grados, lo reconozco, y si yo he escogido ésta es porque sé distinguir entre los matices de lo peor.*

La libertad, le decía, exige el vacío para manifestarse; lo exige y sucumbe en él. La condición que la determina es la misma que la anula. Carece de bases; mientras más completa sea, más se tambalea, pues todo la amenaza, hasta el principio del cual emana. *El hombre está tan poco hecho para soportar la libertad, o para merecerla, que incluso*

los beneficios que de ella recibe lo aplastan, y termina por sucederle hasta tal punto que prefiere sus excesos a los excesos del terror. A estos inconvenientes se suman otros; la sociedad liberal, al eliminar el «misterio», «el absoluto», «el orden», y no tener ni verdadera metafísica ni verdadera policía, encierra al individuo en sí mismo apartándolo de lo que es, de sus propias profundidades. Si carece de raíces, si es esencialmente superficial, es porque la libertad, frágil ella misma, no tiene ningún medio para mantenerse y sobrevivir a los peligros que desde fuera y desde dentro la amenazan; además, sólo se manifiesta a la sombra de un régimen agonizante, en el momento en que una clase declina y se disuelve: fueron los desfallecimientos de la aristocracia los que permitieron al siglo XVIII divagar magníficamente; y son los de la burguesía los que hoy nos permiten librarnos a nuestras chifladuras. Las libertades sólo prosperan en un cuerpo social enfermo: tolerancia e impotencia son sinónimos. Esto es tan patente en política como en todo. Cuando comprendí esta verdad, la tierra se me abrió bajo los pies. Todavía ahora, de nada me vale exclamar «formas parte de una sociedad de hombres libres»; el orgullo que siento viene acompañado siempre por un sentimiento de espanto y de inanidad, producto de mi terrible certeza. En el correr del tiempo, la libertad apenas si ocupa más instantes que el éxtasis en la vida de un místico. Huye de nosotros en el momento mismo en que tratamos de aprehenderla y formularla: nadie puede gozar de ella sin temblor. Desesperadamente mortal, en cuanto se instaura postula su carencia de porvenir y trabaja, con todas sus fuerzas minadas, en negarse y agonizar. ¿No hay acaso algo de perversión en nuestro amor a la libertad?, ¿no es aterrador dedicar culto a lo que no quiere ni puede durar? Para usted, que no la tiene, la libertad lo es todo; para nosotros, que la poseemos, no es más que una ilusión, porque sabemos que la perderemos y que, de todas maneras, está hecha para ser perdida. Por eso, en medio de nuestro vacío, dirigimos los ojos hacia todas partes, sin descuidar, no obstante, las posibilidades de salvación que residen en nosotros mismos. No hay, por otra parte, vacío perfecto en la historia. En esta ausencia inusitada en la que nos vemos arrinconados, y que tengo el placer y la desgracia de revelarles, no vaya a suponer que nada se perfila; discierno -¿presentimiento o alucinación?- como una espera de otros dioses. ¿Cuáles? Nadie podría responder. Lo que yo sé, lo que todo el mundo sabe, es que una situación como la nuestra no se puede soportar indefinidamente. En lo más profundo de nuestras conciencias una esperanza nos crucifica, una aprensión nos exalta. A menos que consintieran en morir, las viejas naciones, por muy podridas que estén, no sabrían prescindir de nuevos ídolos. Si Occidente no está irremediablemente afectado, debe pensar de nuevo todas las ideas que le han sido robadas y mal aplicadas en otra parte: creo que le corresponde, si quiere reacreditarse aún mediante un respingo o un vestigio de honor, retomar las utopías que, por necesidades de comodidad, abandonó a otros desentendiéndose así de su genialidad y de su misión. Debiendo poner en práctica el comunismo, ajustarlo a sus tradiciones, humanizarlo, liberalizarlo, y proponerlo después al mundo, dejó a Oriente el privilegio de realizar lo irrealizable y derivar así poder y prestigio de la más hermosa ilusión moderna. En la batalla de las ideologías, Occidente se mostró timorato, inofensivo; algunos lo felicitan por ello cuando habría que reprochárselo, pues en nuestra época no se alcanza la hegemonía sin el concurso de elevados principios mendaces, principios de que se sirven los pueblos viriles para disimular sus instintos y sus miras. Habiendo abandonado la realidad en favor de la idea, la idea en favor de la ideología, el hombre ha resbalado hacia un universo desviado, hacia un mundo de subproductos donde la ficción adquiere las virtudes de un dato primordial. Este resbalón es el fruto de todas las rebeliones y de todas las herejías de Occidente, y, no obstante, Occidente se niega a sacar las últimas consecuencias: no ha hecho la revolución que le incumbía hacer y que todo su pasado reclamaba, ni ha ido hasta el final de los trastornos que promovió. Al desheredarse en favor de sus enemigos, corre el riesgo de comprometer su desenlace y de echar a perder una ocasión suprema. No contento con haber traicionado a todos sus precursores, a todos esos cismáticos que lo prepararon y

formaron, desde Lutero hasta Marx, Occidente cree que desde fuera vendrán a hacer su revolución y que le devolverán sus utopías y sus sueños. ¿Comprenderá por fin que no tendrá destino político y un papel que jugar a menos que reencuentre en sí mismo sus antiguos sueños y sus antiguas utopías, así como las mentiras de su viejo orgullo? Por el momento son sus adversarios quienes, transformados en teóricos del deber que escamoteó, erigen sus imperios encima de su timidez y su cansancio. *¿Qué maldición le cayó para que al término de su desarrollo no haya producido más que esos hombres de negocios, esos abarroteros, esos tramposos de mirada nula y sonrisa atrofiada que uno encuentra por todas partes, tanto en Francia como en Inglaterra y en Alemania inclusive? ¿Era esta gusanera la conclusión de una civilización tan delicada, tan compleja? Quizás había que pasar por ello, por la abyección, para imaginar otro género de hombres.* Como buen liberal, no quiero llevar la indignación hasta la intolerancia, ni dejarme guiar por mis humores, aunque para todos nosotros sea dulce poder infringir los principios que se enorgullecen de nuestra generosidad. Simplemente quería yo hacerle observar a usted que este mundo, de ninguna manera maravilloso, podría serlo de alguna manera si consintiera, no tanto en abolirse (hacia lo cual se ve bastante inclinado) como en liquidar sus desechos imponiéndose tareas imposibles opuestas a ese horrible sentido común que lo desfigura y que constituye su perdición.

Los sentimientos que Occidente me inspira no son menos confusos que los que siento por mi país, por Hungría o por nuestra gran vecina cuya indiscreta proximidad tanto usted como yo apreciamos. Lo bueno y lo malo en desmesura que de ello pienso, las impresiones que me sugiere cuando reflexiono en su destino, ¿cómo decirlos sin caer en la inverosimilitud? De ninguna manera pretendo hacerle cambiar a usted de opinión al respecto, sólo quiero que sepa lo que representa para mí y el lugar que ocupa en mis obsesiones. Mientras más pienso en ella, más encuentro que se formó, a través de los siglos, como se forma no una nación, sino un universo, pues los momentos de su evolución participan menos de la historia que de una cosmogonía sombría, aterradora. Esos zares con portes de divinidades taradas, gigantes solicitados por la santidad y el crimen, hundidos en la plegaria y el espanto, estaban, como lo están esos tiranos recientes que los han reemplazado, más cercanos a una vitalidad geológica que a la anemia humana, déspotas que perpetúan en nuestro tiempo la savia y la corrupción originales, llevándonos ventaja a todos en sus inagotables reservas de caos. Coronados o no, les importaba, les importa, saltar por encima de la civilización, engullirla si es necesario; la operación estaba inscrita en su naturaleza, puesto que desde siempre tienen una obsesión: extender su supremacía sobre nuestros sueños y nuestras rebeliones, constituir un imperio tan vasto como nuestras decepciones o nuestros temores. Una nación así, requerida en los confines del globo tanto por sus pensamientos como por sus actos, no se mide con patrones corrientes, ni se explica en términos ordinarios, en lenguaje inteligible: haría falta la jerga de los gnósticos, enriquecida por la de la parálisis general. *Sin duda, como dice de ella Rilke, colinda con Dios; desgraciadamente también con nuestro país,* y pronto, en un futuro más o menos cercano, con muchos otros, y no me atrevo a decir con todos los países, a pesar de las advertencias precisas a que me invita una maligna visión. Donde quiera que estemos ya nos está tocando, si no geográficamente, sí interiormente. Estoy mejor dispuesto que cualquiera a reconocer mis deudas hacia ella: sin sus escritores jamás habría tomado conciencia de mis llagas y del deber que tenía de entregarme a ellas. Sin ella, y sin ellos, habría desperdiciado mis trances, frustrado mi desorden. Esta inclinación que me lleva a emitir un juicio imparcial sobre ella y a testimoniarle mi gratitud, temo que en este momento no sea del agrado de usted. Callo, pues, elogios fuera de lugar, los ahogo para condenarlos a expandirse en mi interior.

En la época en que nos complacíamos en comparar nuestros acuerdos y desacuerdos, usted ya me reprochaba mi manía de juzgar sin prevención y de tomarme tan a pecho lo que detesto, no tener más que sentimientos dobles, necesariamente falsos, que usted

imputaba a mi incapacidad de sentir una pasión verdadera, insistiendo a la vez en el placer que me procuraban. El diagnóstico no era inexacto: se equivocaba usted sin embargo en lo concerniente al placer. ¿Cree usted que es muy agradable ser idólatra y víctima del pro y del contra, un arrebatado dividido en sus arrebatos, un delirante *preocupado por la objetividad*? Eso implica sufrimiento: los instintos protestan, y es a pesar de ellos y contra ellos que uno progresa hacia la irresolución absoluta, estado apenas distinto al que el lenguaje de los extáticos llama «el último punto del aniquilamiento». Para conocer yo mismo el fondo de mi pensamiento sobre cualquier cosa, para decidir sobre un problema o una nimiedad tengo que contradecir el vicio mayor de mi espíritu, esa propensión a abrazar todas las causas y a disociarme de ellas al mismo tiempo, como un virus omnipresente, dividido entre la codicia y la saciedad, agente nefasto y benigno, tan impaciente como embotado, indeciso entre los azotes, poco hábil para adoptar uno y especializarse en él, pasando de uno a otro sin discriminación ni eficacia, chapucero fuera de serie, portador y malbaratador de incurabilidad, traidor a todos los males, a los del prójimo y a los propios.

No tener nunca la oportunidad de tomar partido, de decidirme o de definirme: no hay deseo que tenga con más frecuencia. Pero no siempre dominamos nuestros humores, esas actitudes en germen, esos esbozos de teoría. Visceralmente inclinados a la estructuración de sistemas, los construimos sin descanso, sobre todo en *política, dominio de los pseudoproblemas donde se expande el mal filósofo que nos habita a cada uno*, dominio del que quisiera alejarme por una razón banal, una evidencia que a mis ojos es una revelación: la política da únicamente vueltas alrededor del hombre. Habiendo perdido el gusto hacia los seres, en vano me esfuerzo por adquirirlo hacia las cosas; limitado forzosamente por el intervalo que los separa, me fortalezco y me desgasto a su sombra. Sombras también esas naciones cuya suerte me intriga, menos por ellas mismas que por el pretexto que me ofrecen de vengarme de lo que no tiene ni contorno ni forma, de entidades y de símbolos. El hombre desocupado que ama la violencia salvaguarda su *savoir-vivre* confinándose en un infierno abstracto. Dejando de lado al individuo, se libera de los nombres y de los rostros, responsabiliza a lo impreciso, a lo general, y al orientar hacia lo impalpable su sed de exterminio, concibe un género nuevo: el panfleto *sin objetivo*.

Aferrado a ideas a medias y a simulacros de sueños, reflexiono por accidente o por histeria y no por prurito de rigor, y me veo, en medio de los civilizados, como un intruso, un troglodita enamorado de caducidad, sumergido en plegarias subversivas, presa de un pánico que no emana de una visión del mundo, sino de las crispaciones de la carne y de las tinieblas de la sangre. Impermeable a las solicitudes de la claridad y de la contaminación latinas, siento al Asia removerse en mis venas: ¿soy acaso el último vástago de alguna tribu inconfesable, o el portavoz de una raza antaño turbulenta y hoy muda? A veces tengo la tentación de componerme una genealogía distinta, de *cambiar* de ancestros y escogérmelos entre los que en su época supieron extender el luto a través de las naciones, inversamente a los míos, a los nuestros, borrosos y marchitos, atiborrados de miserias, amalgamados al lodo y gimiendo bajo el anatema de los siglos. Sí, en mis crisis de fatuidad, me inclino a crearme el epígono de una horda ilustre por sus depredaciones, un turanio de corazón, heredero legítimo de las estepas, el último mongol...

No quiero concluir sin ponerle a usted de nuevo en guardia contra el entusiasmo o los celos que le inspiran mis «ventajas», y más exactamente aquella de poder solazarme en una ciudad cuyo recuerdo le obsesiona a usted sin duda, a pesar de hallarme arraigado en nuestra patria evaporada. Esta ciudad, que yo no cambiaría por ninguna otra en el mundo, es, por la misma razón, la fuente de mis desgracias. Como todo lo que no es ella no tiene valor a mis ojos, en ocasiones me duele el que la guerra la haya salvado y el que no haya perecido como tantas otras ciudades. Destruída, me hubiera ahorrado la dicha de vivir en ella, hubiera podido pasar mis días en cualquier otra parte, en el fondo de

cualquier continente. No le perdonaré nunca el haberme atado al espacio, ni el pertenecer a algún sitio por su causa. Dicho esto, *por ningún motivo olvido que de sus habitantes cuatro quintas partes, según notaba ya Chamfort, «mueren de pena»*. Yo agregaría que el resto, para que usted lo sepa, raros privilegiados como es mi caso, no se comportan distinto, y que incluso envidian a la gran mayoría la ventaja que tienen de saber *de qué* morir.

París, 1957

Rusia y el virus de la libertad

A veces pienso que todos los países deberían parecerse a Suiza, complacerse y hundirse, como ella, en la higiene, en la insipidez, en la idolatría de las leyes y el culto al hombre; por otra parte, sólo me interesan las naciones exentas de escrúpulos tanto en pensamientos como en actos, febriles e insaciables, siempre a punto de devorar a las otras y de devorarse a sí mismas, pisoteando los valores contrarios a su ascenso y a su éxito, reacias a la sensatez, esa llaga de los pueblos viejos cansados de sí mismos y de todo, y como gustosos en su olor a moho.

También es inútil que deteste a los tiranos, pues no dejo de comprobar que constituyen la trama de la historia, y que sin ellos no sería posible concebir ni la idea ni la marcha de un imperio. Superiormente odiosos, de una bestialidad inspirada, los tiranos evocan al hombre llevado a sus extremos, la última exasperación de sus ignominias y de sus méritos. Iván el Terrible, por citar sólo a uno de los más fascinantes, agota los recovecos de la psicología. Igualmente complejo en su demencia y en su política, hizo de su reino y, hasta cierto punto, de su país, un modelo de pesadilla un prototipo de alucinación viva e inagotable, mezcla de Mongolia y de Bizancio, acumulando los defectos y las cualidades de un kan y de un basileo, monstruo de cóleras demoníacas y de sórdida melancolía, dividido entre el gusto por la sangre y el gusto por el arrepentimiento, con una jovialidad enriquecida y coronada por risas burlonas. Tenía la pasión del crimen, y todos, mientras existimos, la experimentamos, ya sea atentando contra los otros o contra nosotros mismos. Sólo que en nosotros permanece insatisfecha, de manera que nuestras obras, cualesquiera que éstas sean provienen de nuestra incapacidad de matar o de matarnos. No siempre estamos de acuerdo con esto, ya que desconocemos a propósito el mecanismo íntimo de nuestras debilidades. Si los zares, o los emperadores romanos, me obsesionan, es porque esas debilidades, veladas en nosotros, aparecen en ellos al descubierto. Nos revelan, encarnan e ilustran nuestros secretos. Pienso en aquellos que, abocados a una grandiosa degeneración, se encarnizaban en sus parientes y, por miedo a ser amados, los enviaban al suplicio. Por muy poderosos que fueran, no obstante eran infelices, pues no se saciaban gracias al temblor ajeno. ¿Acaso no son la proyección del mal espíritu que nos habita y nos convence de que el ideal sería hacer el vacío a nuestro alrededor? Con tales pensamientos y tales instintos es como se forma un imperio, aunque también coopera en ello ese subsuelo de nuestra conciencia donde se ocultan nuestras más queridas taras.

La ambición de dominar el mundo, surgida de profundidades insospechadas, de un impulso original, sólo aparece en ciertos individuos y en ciertas épocas, sin relación directa con la calidad de la nación en donde se manifiesta: entre Napoleón y Gengis Kan la diferencia es menor que entre el primero y cualquier político francés de las repúblicas sucesivas. Pero esas profundidades y ese impulso pueden secarse, agotarse.

Carlomagno, Federico II de Hohenstaufen, Carlos V, Bonaparte, Hitler, tuvieron la tentación, cada uno a su manera, de realizar la idea del imperio universal: fracasaron, con más o menos fortuna. Occidente, donde esa idea no suscita ya más que ironía o malestar, vive ahora en la vergüenza de sus conquistas; pero, curiosamente, en el momento en que se repliega sobre sí mismo es cuando sus fórmulas triunfan y se propagan; dirigidas contra su poder y su supremacía, encuentran eco fuera de sus

fronteras. Triunfa perdiéndose. Así triunfó Grecia en el dominio del espíritu, cuando dejó de ser una potencia, e incluso una nación; saquearon su filosofía y sus artes, aseguraron el éxito a sus producciones, pero no asimilaron sus talentos. De la misma manera se le tomará todo a Occidente, salvo su genio. La fecundidad de una civilización estriba en la facultad que tenga para incitar a las otras a que la imiten; en cuanto termina de deslumbrarlas, se reduce a un conjunto de desechos y de vestigios.

Cuando la idea de imperio abandonó esta parte del mundo, encontró su clima ideal en Rusia donde, por otra parte, siempre existió, singularmente en el plano espiritual. Después de la caída de Bizancio, Moscú se convirtió, para la conciencia ortodoxa, en la tercera Roma, en la heredera del «verdadero» cristianismo, de la verdadera fe. Primer despertar mesiánico. Para conocer un segundo despertar le hacía falta esperar hasta nuestros días; pero esta vez se lo debe a la dimisión de Occidente. En el siglo XV aprovechó un vacío religioso; así, hoy aprovecha un vacío político. Dos grandes ocasiones para hacerse cargo de sus responsabilidades históricas.

Cuando Mohamed II sitió Constantinopla, la cristiandad, dividida como de costumbre y, además, feliz de haber perdido el recuerdo de las cruzadas, se abstuvo de intervenir. Los sitiados concibieron primero una irritación que, ante la inminencia del desastre, se tornó estupor. Oscilando entre el pánico y una satisfacción secreta, el papa prometió auxilio, pero lo envió demasiado tarde: ¿para qué apresurarse a causa de unos «cismáticos»? El «cisma», no obstante, iba a adquirir fuerza en otra parte. ¿Roma anteponía Moscú a Bizancio? Siempre es preferible un enemigo lejano a uno cercano. Así, en nuestros días, los anglosajones prefirieron, en Europa, la preponderancia rusa a la preponderancia alemana. Y es que Alemania se encontraba demasiado *cerca*.

Las pretensiones de Rusia de pasar de la primacía vaga a la hegemonía caracterizada tienen un fundamento. ¿Qué hubiera ocurrido con el mundo occidental si Rusia no hubiese detenido y absorbido la invasión mongólica? Durante más de dos siglos de humillaciones y de esclavitud fue excluida de la historia, mientras que en el Oeste las naciones se daban el lujo de destrozarse mutuamente. Si Rusia hubiese estado en condiciones de desarrollarse sin obstáculos, se hubiera convertido en una potencia de primer orden desde principios de la era moderna; lo que ahora es, lo hubiese sido en los siglos XVI y XVII. ¿Y Occidente? Quizás hoy sería *ortodoxo*, y, en Roma, en lugar de la Santa Sede, se pavonearía el Santo Sínodo. Pero los rusos pueden recobrar. Si, como todo parece presagiarlo, llevan a cabo sus designios, es posible que le den su merecido al Santo Pontífice. Ya sea en nombre del marxismo o de la ortodoxia, los rusos están llamados a arruinar la autoridad y el prestigio de la Iglesia, cuyos objetivos no podrían tolerar sin renunciar al meollo de su misión y de su programa. Bajo los zares, al identificarla con un instrumento del Anticristo, rezaban contra ella; hoy en día, considerada como un agente satánico de la Reacción, la abruman con invectivas algo más eficaces que sus antiguos anatemas; pronto la hundirán con todo su poder, con toda su fuerza. Y hasta es posible que la desaparición del último sucesor de san Pedro quede, en nuestro siglo, como una curiosidad y a modo de frívolo apocalipsis.

Al divinizar la historia para desacreditar a Dios, el marxismo sólo ha conseguido volver a Dios más extraño y más obsesionante. Todo se puede sofocar en el hombre, salvo la necesidad de absoluto, que sobrevivirá a la destrucción de los templos, e incluso a la desaparición de la religión sobre la tierra. Y como el fondo del pueblo ruso es religioso, este fondo tomará inevitablemente su revancha. Razones de orden histórico contribuirán en gran medida a ello.

Al adoptar la ortodoxia, Rusia manifestó su deseo de separarse de Occidente; era su manera de definirse desde el principio. Nunca, fuera de los medios aristocráticos, se dejó seducir por los misioneros católicos, los jesuitas por ejemplo. Un cisma no expresa tanto divergencias de doctrina como de voluntad de afirmación étnica: trasluce menos una controversia abstracta que un reflejo nacional. No fue la ridícula cuestión del *filioque* lo que dividió a la Iglesia: Bizancio quería su autonomía total, y con mayor razón Moscú.

Cismas y herejías son nacionalismos disfrazados. Pero mientras que la Reforma tomó solamente el aspecto de una disputa familiar, de un escándalo en el seno de Occidente, el particularismo ortodoxo, al afectar un carácter más profundo, iba a marcar una división en el mismo mundo occidental. Rechazando el catolicismo Rusia retardaba su evolución, perdía una oportunidad capital de civilizarse rápidamente, y ganaba, a la vez, sustancia y unidad: su estancamiento la haría *diferente, otra*, y a ello aspiraba, presintiendo, sin duda, que Occidente lamentaría un día la ventaja que le llevaba.

Mientras más fuerte se haga, más conciencia adquirirá de sus raíces, de las que, en cierta forma, el marxismo la habrá alejado; después de una cura forzada de universalismo, se rusificará de nuevo en provecho de la ortodoxia. Además, habrá marcado de tal manera al marxismo, que éste se hallará esclavizado. Cualquier pueblo de envergadura que adopta una ideología extraña a sus tradiciones, la asimila y la desnaturaliza, la inclina en el sentido de su destino nacional, la falsea a su favor hasta tornarla indiscernible de su propio genio. Posee una óptica propia necesariamente deformante, un defecto de visión que, lejos de desconcertarlo, lo halaga y estimula. Las verdades de las que se envanece, por muy desprovistas de valor objetivo que estén, no son menos vivas, y producen, como tales, ese género de errores que conforman la diversidad del paisaje histórico, entendiéndose bien que el historiador, escéptico por oficio, temperamento y opción, se sitúa de lleno fuera de la Verdad.

Mientras que los pueblos occidentales se desgastaban en su lucha por la libertad, y, más aún, en la libertad adquirida (nada desgasta tanto como la posesión o el abuso de la libertad), el pueblo ruso sufría sin desgastarse dentro de la historia, y como fue eliminado de ella, tuvo por fuerza que sufrir los infalibles sistemas de despotismo que le infligieron: existencia oscura, vegetativa, que le permitió fortalecerse, acrecentar su energía, acumular reservas y sacar de su esclavitud el máximo provecho biológico. Le ayudó la ortodoxia popular, admirablemente articulada para mantenerlo fuera de los acontecimientos, contrariamente a la ortodoxia oficial, que orientó el poder hacia objetivos imperialistas. Doble cara de la Iglesia ortodoxa: por una parte trabajaba en el adormecimiento de las masas; por otra, auxiliar de los zares, despertaba en ellos la ambición y hacía posible inmensas conquistas en el nombre de una población pasiva. Dichosa pasividad que aseguró a los rusos su predominio actual, fruto de su retraso histórico. Favorables u hostiles, todas las empresas de Europa giran alrededor de ellos, y, al situarlos en el centro de sus intereses y de sus ansiedades, reconocen su dominio virtual. He ahí realizado, casi, uno de sus más antiguos sueños. El que lo hayan logrado bajo los auspicios de una ideología de origen extranjero agrega un suplemento paradójico y picante a su éxito. Lo que en definitiva importa, es que el régimen sea ruso y que esté enteramente dentro de las tradiciones del país. ¿Acaso no es revelador que la Revolución, salida en línea directa de las teorías occidentalistas, se haya orientado cada vez más hacia las ideas de los eslavófilos? Por otra parte, un pueblo no representa tanto una suma de ideas y de teorías como de obsesiones: las de los rusos, de cualquier parte que sean, aunque no siempre son idénticas, guardan un parentesco. Tchadaev, que no encontraba ningún mérito a su nación, o Gogol, que la escarneció sin piedad, estaban tan ligados a ella como Dostoievski. El más arrebatado de los nihilistas, Netchaiev, estaba tan obsesionado por ella como Pobiedenestsev, violento reaccionario procurador del Santo Sínodo. Sólo esta obsesión cuenta. Lo demás es pose.

Para que Rusia se ajustara a un régimen liberal, tendría que debilitarse considerablemente, que extenuar su vigor, más aún: tendría que perder su carácter específico y desnacionalizarse en profundidad. ¿Cómo lo conseguiría con sus recursos interiores intactos y sus miles de años de autocracia? Y aun suponiendo que lo consiguiera de golpe, se dislocaría de inmediato. Más de una nación, para conservarse y expandirse, tiene necesidad de una cierta dosis de terror. Incluso Francia sólo pudo enrolarse en la democracia a partir del momento en que sus resortes empezaron a aflojarse, y en el que, no teniendo ya como objetivo la hegemonía, se aprestaba a

tornarse respetable y sensata. El primer Imperio fue su última locura. Después, abierta a la libertad, habría de asumirla dolorosamente a través de numerosas convulsiones, contrariamente a Inglaterra, que, ejemplo desalentador, se había habituado a ella desde hacía tiempo, sin roces ni peligros, gracias al conformismo y a la esclarecida estupidez de sus habitantes (no ha producido, que yo sepa, ningún anarquista).

A la larga, el tiempo favorece a las naciones encadenadas que, acumulando fuerzas e ilusiones, viven en el futuro, en la esperanza; pero en libertad, ¿qué se puede esperar?, ¿o en el régimen que la encarna, hecho de disipación, de quietud y de ablandamiento? La democracia, maravilla que no tiene ya nada que ofrecer, es, a la vez, el paraíso y la tumba de un pueblo. La vida sólo tiene sentido gracias a la democracia, pero a la democracia le falta vida... Dicha inmediata, desastre inminente inconsistencia de un régimen al que no se adhiere uno sin enredarse en un dilema torturante.

Mejor provista, afortunadamente de manera distinta, Rusia no tiene por qué plantearse estos problemas, ya que el poder absoluto es para ella, como ya señalaba Karamzine, «el fundamento mismo de su ser». Aspirar siempre a la libertad sin alcanzarla jamás, ¿acaso no es ésa su gran superioridad sobre el mundo occidental que, ay, ya la consiguió desde hace tiempo? No tiene, por otra parte, ninguna vergüenza de su imperio; por el contrario, sólo piensa en extenderlo. ¿Quién mejor que ella se apresuró a beneficiarse de las adquisiciones de los otros pueblos? La obra de Pedro el Grande, e inclusive la de la Revolución, forman parte de un *parasitismo genial*. Hasta los horrores del yugo tártaro soportó ingeniosamente.

Si al confinarse en un aislamiento calculado Rusia supo imitar a Occidente, también supo hacerse admirar y seducir los espíritus. Los enciclopedistas se encapricharon con las empresas de Pedro y de Catalina, igual que los herederos del Siglo de las Luces -hablo de los hombres de izquierda- habrían de encapricharse con las de Lenin y Stalin. Este fenómeno aboga en favor de Rusia, pero no en favor de los occidentales, quienes, complicados y aislados en la medida de sus deseos, y buscando el «progreso» en otra parte, fuera de sí mismos y de sus creaciones, se encuentran hoy paradójicamente más cerca de los personajes de Dostoievski que los propios rusos. Aunque cabe aclarar que de esos personajes sólo evocan el aspecto desfalleciente, pues no tienen ni sus extravagancias feroces ni su ira viril: son «poseídos» débiles a fuerza de raciocinios y de escrúpulos, roídos por remordimientos sutiles, por mil cuestionamientos, mártires de la duda, deslumbrados y anulados por sus perplejidades.

Cada civilización cree que su modo de vivir es el único bueno y el único concebible, y que tiene el deber de convertir al mundo a ese modo de vivir, o infligírselo; equivale, para ella, a una soteriología expresa o disfrazada; se trata, de hecho, de un imperialismo elegante que deja de serlo en cuanto va acompañado de la aventura militar. Un imperio no se funda únicamente por capricho. Sometemos a los otros para que nos imiten, para que tomen por modelo nuestras creencias y nuestros hábitos; viene después el imperativo perverso de hacerlos esclavos para contemplar en ellos el esbozo halagador o caricaturesco de uno mismo. Estoy de acuerdo en que existe una jerarquía cualitativa de imperios: los mongoles y los romanos no subyugaron a los pueblos por las mismas razones, y sus conquistas no tuvieron el mismo resultado. No obstante, ambos fueron igualmente expertos al hacer perecer al adversario reduciéndolo a su imagen y semejanza.

Ahora bien, ya sea que las haya provocado o padecido, Rusia no se ha contentado nunca con desgracias mediocres. Lo mismo ocurrirá en un futuro. Se dejará caer sobre Europa por fatalidad física, por el automatismo de su masa, por su superabundante y mórbida vitalidad, tan propicia a la generación de un imperio (en el cual se materializa siempre la megalomanía de una nación), por esa salud tan suya, llena de imprevistos, de horror y de enigmas, destinada al servicio de una idea mesiánica, rudimento y prefiguración de conquistas. Cuando los esclavófilos sostenían que Rusia debía *salvar* al mundo, empleaban un eufemismo: no se lo salva sin dominarlo. Por lo que respecta a una nación, ésta

encuentra su principio de vida en sí misma o en ninguna parte: ¿cómo podría ser salvada por otra? Rusia ha pensado siempre -al secularizar la lengua y la concepción de los eslavófilos- que le incumbe asegurar la salvación del mundo, la de Occidente en primer lugar, frente al cual, por otra parte, nunca ha experimentado un sentimiento claro, sino atracción o repulsión, celos (mezcla de culto secreto y de aversión ostensible) inspirados por el espectáculo de una podredumbre tan envidiable como peligrosa, cuyo contacto hay que buscar, pero mejor aún evitar.

Reacia a definirse y a aceptar límites, cultivando el equívoco en política, en moral y, lo que es más grave, en geografía, sin ninguna de las ingenuidades inherentes a los «civilizados», que se han vuelto opacos a lo real a causa de los excesos de una tradición racionalista, Rusia, sutil tanto por intuición como por experiencia secular del disimulo, quizás históricamente hablando sea un niño, pero de ninguna manera lo es psicológicamente. De ahí su complejidad de adulto con instintos jóvenes y viejos secretos; de ahí también las contradicciones, llevadas hasta lo grotesco, de sus actitudes. Cuando se le ocurre profundizar (y lo consigue sin esfuerzo), desfigura el menor hecho, la mínima idea. Se diría que tiene la manía de la gesticulación monumental. Todo es vertiginoso, horrible e inasible en la historia de sus ideas, revolucionarias o de cualquier índole. Es todavía un incorregible aficionado a las utopías; ahora bien, la utopía es lo grotesco en *rosa*, la necesidad de asociar la felicidad, es decir lo inverosímil, al devenir, y de llevar una visión optimista, aérea, hasta el límite en que se una a su punto de partida: el cinismo que pretendía combatir. En suma, un cuento de hadas monstruoso.

Que Rusia sea capaz de realizar su sueño de un imperio universal, es una eventualidad, pero no una certeza; por el contrario, es obvio que puede conquistar y anexionarse toda Europa, e incluso que lo hará, aunque sólo sea para tranquilizar al resto del mundo... Se satisface con tan poco. ¿Y acaso no es ésa una prueba de modestia, de moderación?: ¡un pedacito de continente! En la espera, lo contempla con el mismo ojo con que los mongoles contemplaron a China y los turcos a Bizancio, con la diferencia, no obstante, de que ya ha asimilado un buen número de valores occidentales, mientras que las hordas tártaras y otomanas no tenían sobre su futura presa más que una superioridad material. Es sin duda lamentable que Rusia no haya pasado por el Renacimiento: todas sus desigualdades vienen de ahí. Pero con su capacidad para quemar etapas será, dentro de un siglo, o menos, tan refinada y vulnerable como lo es Occidente, quien ha alcanzado un nivel de civilización que sólo se sobrepasa *descendiendo*. Ambición suprema de la historia: registrar las variaciones de ese nivel. El de Rusia, inferior al de Europa, sólo puede elevarse, y ella con él, o sea que está condenada a la ascensión. Sin embargo, ¿no se arriesga, a fuerza de subir, desbocada como está, a perder el equilibrio, a estallar y a arruinarse? Con sus almas modeladas en las sectas y en las estepas, da una singular impresión de espacio y de encierro, de inmensidad y de sofoco, de norte, en suma; pero de un norte especial, irreductible a nuestros análisis, marcado por un sueño y una esperanza que hacen temblar, por una noche rica en explosiones, por una aurora de la que se guardará memoria. Nada de la transparencia ni de la gratuidad mediterránea en esos hiperbóreos cuyo pasado y presente parecen pertenecer a una duración distinta a la nuestra. Ante la fragilidad y el renombre de Occidente experimentan un malestar, consecuencia de su tardío despertar y de su vigor desocupado: es el complejo de inferioridad del fuerte... Lo vencerán, lo superarán. El único punto luminoso en nuestro futuro es su secreta y crispada nostalgia por un mundo delicado, de encantos disolventes. Si acceden a él (así se presenta el evidente sentido de su destino), se civilizarán a expensas de sus instintos, y, perspectiva regocijante, conocerán también el virus de la libertad.

Mientras más se humaniza un imperio, más se desarrollan en él las contradicciones que lo harán perecer. De actitudes heteróclitas, de estructura heterogénea (al contrario de una nación, realidad orgánica), el imperio necesita para subsistir del principio cohesivo del terror. ¿Que se abre a la tolerancia?: destruirá entonces su unidad y su fuerza, y tal

tolerancia actuará como un veneno mortal que él mismo se habrá administrado. Y es que la tolerancia no es únicamente el pseudónimo de la libertad, sino también el del espíritu; y el espíritu, más nefasto aún para los imperios que para los individuos, los corroe, compromete su solidez y acelera su desmoronamiento. También constituye el instrumento que una providencia irónica emplea para golpearlos.

Si nos entretuviéramos, a pesar de lo arbitrario de la tentativa, estableciendo en Europa *zonas de vitalidad*, comprobaríamos que mientras más nos acercamos al Este, más se agudiza el instinto, y que decrece a medida que nos dirigimos hacia el Oeste. Los rusos no tienen la exclusividad del instinto, aunque las demás naciones que lo poseen pertenecen, en grados diversos, a la esfera de la influencia soviética. Esas naciones no han dicho aún su última palabra; algunas, como Polonia o Hungría, tuvieron en la historia un papel nada deleznable; otras, como Yugoslavia, Bulgaria y Rumania, habiendo vivido en la sombra, no conocieron más que sobresaltos sin mañana. Pero cualquiera que haya sido su pasado, e independientemente de su nivel de civilización, todas disponen aún de un fondo biológico que en vano buscaríamos en Occidente. Maltratadas, desheredadas, precipitadas a un martirio anónimo, descuartizadas entre el desamparo y la sedición, quizá conocerán en el futuro una compensación a tantos infortunios, humillaciones e incluso cobardías. *El grado de instinto* no se aprecia desde el exterior; para medir su intensidad hay que haber recorrido o adivinado esos países, los únicos en el mundo en creer todavía, en su bella ceguera, en los destinos de Occidente. Imaginemos ahora nuestro continente incorporado al imperio ruso, imaginemos después a este imperio, demasiado vasto, debilitándose y desmembrándose con, como corolario, la emancipación de los pueblos: ¿quiénes de entre ellos tomarán la delantera y aportarán a Europa ese incremento de impaciencia y de fuerza sin el cual una irremediable parálisis la acecha? No sabría dudar: son los países que he mencionado. Dada la reputación que tienen, mi afirmación parece risible. Europa central pase, me dirán, pero, ¿y los Balcanes? No quiero defenderlos, pero tampoco quiero callar sus méritos. Ese gusto por la devastación, por el desorden interior, por un universo semejante a un burdel en llamas, esa perspectiva sardónica sobre cataclismos fracasados o inminentes, esa acritud, ese ocio de insomnes o de asesinos, ¿acaso no son una rica y pesada herencia que beneficia a sus poseedores? Y como además adolecen de un «alma», prueban, por lo mismo, que conservan un resto de salvajismo. Insolentes y desolados, quisieran revolcarse en la gloria cuyo apetito es inseparable de la voluntad de afirmación y de hundimiento, de la propensión hacia un *rápido* crepúsculo. Si sus palabras son virulentas, sus acentos inhumanos y a veces innobles, es porque mil razones los empujan a vociferar más alto que esos civilizados que han agotado sus gritos. Únicos «primitivos» en Europa, le darán quizás un nuevo impulso; impulso que Europa considerará su última humillación. Y, no obstante, si el sureste fuera sólo horror, ¿por qué cuando uno lo abandona y se encamina hacia esta parte del mundo, se siente como si cayera -admirablemente por cierto- en el vacío?

La vida profunda, la existencia secreta de los pueblos que, teniendo la inmensa ventaja de haber sido hasta ahora relegados por la historia, pudieron capitalizar sueños, esa existencia escondida, abocada a las desdichas de una resurrección, comienza más allá de Viena, extremidad geográfica del doblegamiento occidental. Austria, cuyo desgaste se acerca al límite del símbolo o de lo cómico, prefigura el destino de Alemania. No más desvíos de envergadura entre los germanos, ni más misión ni frenesí, nada que los haga atractivos u odiosos. Bárbaros predestinados, destruyeron el Imperio romano para que Europa pudiera nacer; ellos la hicieron, a ellos les correspondía deshacerla; junto a ellos se tambalea y sufre el rebote de su agotamiento. El dinamismo que aún les queda, ya no posee lo que esconde o justifica toda energía. Abocados a la insignificancia, helvetas en ciernes, fuera para siempre de su habitual desmesura, reducidos a rumiar sus virtudes degradadas y sus vicios disminuidos, con el recurso, como única esperanza, de ser una tribu cualquiera, los germanos son indignos del temor que aún puedan inspirar: creer en ellos o tenerles miedo es hacerles un honor que de ninguna manera merecen. Su fracaso

fue providencial para Rusia. De haber tenido éxito, Rusia hubiera sido alejada de sus miras por lo menos un siglo más. Y no podían triunfar pues alcanzaron la cima de su poderío material en el momento en que no tenían nada que proponernos, cuando eran *fuertes*, y estaban *vacíos*. La hora ya había sonado para los otros. «¿Acaso no son los eslavos *antiguos germanos*, en relación al mundo que se va?», se preguntaba Herzen hacia mediados del siglo pasado, el más clarividente y el más desgarrado de los liberales rusos espíritu de interrogantes proféticos, hastiado de su país, decepcionado de Occidente, tan inepto para instalarse en una patria como en un problema, aunque le gustara especular sobre la vida de los pueblos, materia vaga e inagotable, pasatiempo de emigrados. Los pueblos, no obstante, según otro ruso, Soloviev, no son lo que imaginan ser, sino lo que Dios piensa de ellos en la eternidad. Ignoro las opiniones de Dios sobre germanos y eslavos; sin embargo, sé que favoreció a estos últimos, y que es tan inútil felicitarlo como condenarlo.

Hoy está zanjada la pregunta que tantos rusos se planteaban en el siglo pasado sobre su país: «¿Ese coloso ha sido creado para nada?». El coloso tiene un sentido, ¡y qué sentido! Un mapa ideológico revelaría que se extiende más allá de sus límites, que establece sus fronteras donde le viene bien, donde le da la gana, y que su presencia evoca por todas partes, no tanto la idea de una crisis como la de una epidemia, saludable a veces, nociva a menudo, fulgurante siempre.

El Imperio romano fue obra de una ciudad; Inglaterra fundó el suyo para remediar lo exiguo de su isla; Alemania intentó levantar uno para no ahogarse en un territorio superpoblado. Fenómeno sin paralelo, Rusia iba a justificar sus designios de expansión en nombre de su inmenso espacio. «Desde el momento en que tengo suficiente, ¿por qué no tener demasiado?», ésa es la paradoja implícita en sus proclamas y en sus silencios. Al convertir lo infinito en categoría política, iba a trastornar el concepto clásico y los marcos tradicionales del imperialismo, y a suscitar a través del mundo una esperanza demasiado grande como para que no degenerara en confusión.

Con sus diez siglos de terrores, de tinieblas y de promesas, era más apta que cualquier otra nación para compaginar con la faceta nocturna del momento histórico que atravesamos. El apocalipsis le sienta de maravilla, está habituada a él y le gusta, se ejercita en él hoy más que nunca, ya que ha cambiado visiblemente de ritmo. «¿Hacia dónde te apresuras de esa manera, oh Rusia?», se preguntaba ya Gogol, que había percibido el frenesí que se escondía bajo su aparente inmovilidad. Hoy sabemos hacia dónde corre, sabemos sobre todo que, a imagen de las naciones con destino imperial, está más impaciente por resolver los problemas ajenos que los suyos propios. Es decir que nuestra carrera *en el tiempo* depende de lo que decidirá o llevará a cabo: tiene entre sus manos nuestro porvenir... Afortunadamente para nosotros, el tiempo no agota nuestra sustancia. Lo indestructible, lo que se encuentra más allá, es concebible: ¿en nosotros?, ¿fuera de nosotros? ¿Cómo saberlo? En el punto en que las cosas se encuentran sólo merecen interés las cuestiones de estrategia de metafísica, aquellas que nos limitan a la historia y las que nos apartan de ella: la actualidad y el absoluto, los periódicos y los Evangelios... Vislumbro el día en que ya sólo leeremos cables telegráficos y plegarias. Hecho sobresaliente: mientras más nos absorbe lo inmediato, más sentimos necesidad de llevarle la contra, de forma que, en el interior del mismo instante, vivimos dentro y fuera del mundo. De la misma manera, ante el desfile de los imperios, no nos queda más que buscar un término medio entre la mueca y la serenidad.

1957

Escuela del tirano

Quien no haya conocido la tentación de ser el primero en la ciudad, no comprenderá el juego de la política, de la voluntad de someter a los otros para convertirlos en objetos, ni adivinará cuáles son los elementos que conforman el arte del desprecio. Raros son los

que no hayan sentido, en menor o mayor grado, la sed de poder que nos es natural; pero, si nos fijamos bien, esta sed adquiere todas las características de un estado enfermizo del que sólo nos curamos por accidente o gracias a una mutación interior como la que se operó en Carlos V cuando, al abdicar en Bruselas, en la cumbre de la gloria, enseñó al mundo que el exceso de agobio podía suscitar escenas tan admirables como el exceso de valentía. Pero, rareza o maravilla, la renuncia -desafió a nuestras constancias, a nuestra identidad- sólo sobreviene en momentos excepcionales, caso límite que colma al filósofo y desconcierta al historiador.

Examínate en el instante en que la ambición te atenaza, cuando ya es fiebre; después disecciona tus «accesos». Comprobarás que están precedidos por síntomas curiosos, por un calorillo especial que no dejará de seducirte ni de alarmarte. Intoxicado de porvenir por haber abusado de la esperanza, te sentirás súbitamente responsable del presente y del futuro en el corazón de la duración, cargada de tus estremecimientos, y en cuyo seno, agente de una anarquía universal, sueñas estallar. Atento a los acontecimientos de tu cerebro y a las vicisitudes de tu sangre, embebido en tu perturbación, espías y adoras sus signos. Si la locura política -fuente de trastornos y de malestares sin igual- ahoga, por una parte, la inteligencia, por otra favorece los instintos y te sumerge en un caos saludable. La idea del bien, y sobre todo del mal, que te figuras llevar a cabo, te regocijará y exaltará; y será tal el *tour de force*, el prodigio de tus achaques, que ellos te convertirán en dueño de todos y de todo.

Sentirás a tu alrededor una perturbación análoga en los que estén carcomidos por la misma pasión. Y mientras la padezcan serán irreconocibles, presas de una embriaguez distinta a todas las demás. Todo cambiará en ellos, hasta el timbre de su voz. La ambición es una droga que convierte al que le es adicto en un demente potencial. Quien no haya observado esos estigmas -ese aire de animal trastornado, esos rasgos inquietos y como animados por un éxtasis sórdido- ni en sí mismo ni en ningún otro, permanecerá ajeno a los maleficios y a los beneficios del Poder, infierno tónico, síntesis de veneno y de panacea.

Imagina ahora el proceso inverso: la fiebre desaparece y te sientes otra vez desencantado, normal *en exceso*. No más ambiciones, no más posibilidades, pues, de ser algo o alguien; la nada en persona, el vacío encarnado: glándulas y entrañas clarividentes, huesos desengañados, un cuerpo invadido por la lucidez, puro en sí mismo, fuera de juego, fuera del tiempo, sujeto a un yo congelado en un saber total *sin conocimientos*. ¿Dónde encontrar el instante que se escapó?, ¿quién te lo devolverá? Por todas partes, frenética o embrujada, hay una muchedumbre de anormales a quienes la razón ha abandonado y vienen a refugiarse cerca de ti, el único que comprendió todo, espectador absoluto, perdido entre los engañados, reacio para siempre a la farsa unánime. Como el intervalo que te separa de los otros no deja de agrandarse, llegas a preguntarte si no habrás percibido una realidad desconocida para los demás. Revelación ínfima o capital, su contenido permanecerá oscuro para ti. De lo único que estarás seguro es de tu ascensión hacia un equilibrio insospechado, promoción de un espíritu que se ha apartado de la complicidad con otro. Indebidamente sensato, más ponderado que todos los sabios, así aparecerás ante ti mismo. Y si acaso todavía te asemejas a los locos que te rodean, sentirás, no obstante, que una insignificancia te distinguirá de ellos para siempre; esta sensación, o esta ilusión, hace que, aunque ejecutes los mismos actos que ellos, no les imprimas ni el mismo ímpetu ni la misma convicción. Hacer trampas será para ti una cuestión de honor y la única manera de vencer tus «accesos» o de impedir su retorno. Si para ello has tenido necesidad de una revelación, o de un hundimiento, deducirás que los que no han atravesado por una crisis similar se abismarán cada vez más en las extravagancias inherentes a nuestra raza.

¿Se dan cuenta de la simetría? Para transformarse en un hombre político, es decir, para adquirir el corte de un tirano, es necesario un trastorno mental; para dejar de serlo, se impone otro trastorno: ¿no se tratará, en el fondo, de una metamorfosis de nuestro

delirio de grandeza? Pasar de la voluntad de ser el primero en la ciudad a la de ser el último en ella, es cambiar, mediante una mutación del orgullo, una locura dinámica por una locura estática, un género de enfermedad tan insólito que la renuncia que lo precede, y que tiene que ver más con el ascetismo que con la política, no forma parte de nuestros propósitos.

Desde hace siglos, el apetito de poder se ha dispersado en múltiples tiranías pequeñas y grandes que han hecho estragos aquí y allá, y parecería que ha llegado el momento en que el apetito de poder deba por fin concentrarse para culminar en una sola tiranía, expresión de esta sed que ha devorado y devora el globo, término de todos nuestros sueños de poder, coronación de todas nuestras esperas y de nuestras aberraciones. El rebaño humano disperso será reunido bajo el cuidado de un pastor despiadado, especie de monstruo planetario ante el cual las naciones se postrarán en un estupor cercano al éxtasis. Una vez arrodillado el universo, un importante capítulo de la historia será clausurado. Luego empezará la dislocación del nuevo reino, y el retorno al desorden primitivo, a la vieja anarquía; los odios y los vicios ahogados resurgirán, y, con ellos, los tiranos menores de ciclos ya muertos. Después de la gran esclavitud, una esclavitud cualquiera. Pero al cabo de una servidumbre monumental, los que hayan sobrevivido estarán orgullosos de su vergüenza y de su miedo, y, víctimas fuera de lo común, ensalzarán su recuerdo.

Durero es mi profeta. Mientras más contemplo el desfile de los siglos, más me convengo de que la única imagen susceptible de revelarme su sentido es la de los *Caballeros del Apocalipsis*. Los tiempos sólo avanzan atropellando, aplastando a las muchedumbres: tanto los débiles como los fuertes perecerán, incluso esos caballeros, salvo *uno*. Es por él, por su terrible fama, por quien han padecido y aullado las edades. Lo veo crecer en el horizonte, percibo ya nuestros gemidos, hasta escucho nuestros gritos. Y la noche que descienda sobre nuestros huesos no nos traerá paz, como se la trajo al salmista, sino el espanto.

Si se la juzga a través de los tiranos que ha producido, nuestra época será todo lo que se quiera salvo mediocre. Para encontrar tiranos similares habría que remontarse al Imperio romano o a las invasiones mongólicas. Más que a Stalin, es a Hitler a quien corresponde el mérito de haber impuesto la tónica del siglo. Es importante, no tanto por sí mismo, como por lo que anuncia, esbozo de nuestro futuro, heraldo de un sombrío acontecimiento y de una histeria cósmica, precursor de ese déspota a escala continental que logrará la unificación del mundo gracias a la ciencia, destinada, no a liberarnos, sino a esclavizarnos. Esto, que ya se supo anteriormente, se sabrá de nuevo algún día. Nacimos para existir, no para conocer; para ser, no para afirmarnos. El saber, habiendo estimulado e irritado nuestro apetito de poder, nos conducirá inexorablemente hacia nuestra perdición. El *Génesis* percibió, mejor que nuestros sueños y sistemas, nuestra condición humana.

Lo que tenemos aprendido por cuenta propia, cualesquiera de los conocimientos extraídos de nosotros mismos, tendremos que expiarlos mediante un extra de desequilibrio. Fruto de un desorden íntimo, de una enfermedad definida o difusa, de un trastorno en la raíz de nuestra existencia, el saber altera la economía del ser. Cada cual debe pagar por la mínima alteración que pueda provocar en un universo creado para la indiferencia y el estancamiento; tarde o temprano se arrepentirá de no haberlo dejado intacto. Esto es cierto en cuanto al conocimiento y más cierto aún por lo que a la ambición se refiere, pues arrogarse derechos sobre otro trae consigo consecuencias más graves y más inmediatas que el hurgar en el misterio o simplemente en la materia. Uno empieza por hacer temblar a los otros, pero los otros terminan por comunicarnos sus terrores. Por eso también los tiranos viven en el espanto. Y el terror que conocerá nuestro futuro amo estará sin duda realizado por una dicha tan siniestra como nunca nadie ha experimentado, a la medida del solitario por excelencia, erguido frente a toda la Humanidad, semejante a un dios reinando en el espanto, en un pánico omnipotente, sin

principio ni fin, acumulando la acrimonia de un Prometeo y el descomedimiento de un Jehová, escándalo para la imaginación y para el pensamiento, reto a la mitología y a la teología.

Tras los monstruos acantonados en una ciudad, en un reino o en un imperio, es natural que aparezcan otros más poderosos en pro del desastre, de la liquidación de las naciones y de nuestras libertades. La Historia, marco donde realizamos lo contrario a nuestras aspiraciones, donde las desfiguramos sin cesar, no es, evidentemente, de esencia angélica. Al considerarla, sólo concebimos un deseo: promover la agrura a la dignidad de una gnosis.

Todos los hombres son más o menos envidiosos; los políticos lo son completamente. Uno se vuelve envidioso en la medida en que ya no soporta a nadie ni al lado ni arriba. Embarcarse en cualquier empresa, incluso en la más insignificante, es pactar con la envidia, prerrogativa suprema de los seres vivos, ley y resorte de las acciones. Si la envidia te abandona eres sólo un insecto, una nada, una sombra. Y un enfermo. Mientras que si ella te sostiene, remedia los debilitamientos del orgullo, vigila tus intereses, triunfa contra la apatía, opera más de un milagro. ¿No es acaso extraño que ninguna terapia ni ninguna moral hayan preconizado los beneficios de la envidia que -mucho más caritativa que la providencia- precede nuestros pasos para dirigirlos? ¡Ay de aquel que la ignora, la hace a un lado o la escamotea! Elude de un golpe las consecuencias del pecado original, de la necesidad de actuar, de crear y de destruir. Incapaz de sentir celos de los otros, ¿qué busca entre ellos? Un destino de despojo le acecha. Para salvarlo, habría que obligarle a tomar como modelo a los tiranos, a sacar provecho de sus exigencias y de sus fechorías. De ellos, y no de los sabios, es de quien aprenderá cómo retomar el gusto a las cosas, cómo vivir, cómo degradarse. Que regrese al pecado, que se reintegre a la caída si quiere participar también en el envilecimiento general, en esa euforia de la condenación en la que están sumergidas las criaturas. ¿Lo conseguirá? Nada menos probable, pues de los tiranos sólo imita la soledad. Tengamos compasión de él, piedad de un miserable que, al no dignarse a alimentar sus vicios ni a rivalizar con nadie, permanece más acá de sí mismo y por debajo de todos.

Si las acciones son fruto de la envidia, entenderemos por qué la lucha política, en su última expresión, se reduce a cálculos y a maniobras apropiadas para asegurar la eliminación de nuestros émulos o de nuestros enemigos. ¿Quieres dar en el clavo? Hay que empezar por liquidar a los que, desde el momento en que piensan con arreglo a tus categorías y a tus prejuicios y han recorrido a tu lado el mismo camino, sueñan necesariamente en suplantarte o en abatirte. Son tus rivales más peligrosos; límitate a ellos, los otros pueden esperar. Si me adueñara del poder, mi primera ocupación sería la de hacer desaparecer a todos mis amigos. Proceder de otra manera es malvender el oficio, desacreditar la tiranía. Hitler, muy competente en la materia, dio pruebas de sabiduría al deshacerse de Roehm, el único hombre a quien tuteaba, y de buena parte de sus primeros compañeros. Stalin, por su parte, no hizo menos, y de ello dan testimonio los procesos de Moscú.

Mientras un conquistador triunfa, mientras avanza, puede permitirse cualquier delito; la opinión lo absuelve; pero en cuanto la fortuna lo abandone, el menor error se volverá contra él. Todo depende del *momento* en el que se mata: el crimen en plena gloria consolida la autoridad, por el miedo sagrado que inspira. El arte de hacerse temer y respetar equivale al sentido de la oportunidad. Mussolini, el típico déspota torpe y desafortunado, se tornó cruel cuando su fracaso era ya manifiesto y su prestigio se había opacado: algunos meses de venganzas inoportunas anularon la labor de veinte años. Napoleón fue más perspicaz: si hubiera hecho ejecutar al duque de Enghien un poco más tarde, después de la campaña de Rusia por ejemplo, hubiera quedado como verdugo; mientras que ahora ese asesinato aparece en su vida como una mancha y nada más.

Si, en caso extremo, se puede gobernar sin crímenes, no se puede, en cambio, hacerlo sin injusticias. Se trata, no obstante, de dosificar unos y otras, de cometerlos únicamente

por intermitencias. Para que se te perdonen, tienes que saber fingir la cólera o la locura, dar la impresión de ser sanguinario por inadvertencia, tramar combinaciones terribles sin perder tu aspecto de bonachón. El poder absoluto no es cosa fácil: sólo se distinguen los farsantes o los asesinos de gran talla. No hay nada más admirable humanamente y más lamentable históricamente que un tirano desmoralizado por sus escrúpulos.

«¿Y el pueblo?», se preguntarán. El pensador o el historiador que emplea esta palabra sin ironía se desacredita. El «pueblo» se sabe ya a qué está destinado: a sufrir los acontecimientos y las fantasías de los gobernantes, prestándose a designios que lo invalidan y lo abruman. Cualquier experiencia política, por «avanzada» que sea, se desarrolla a sus expensas, se dirige contra él: el pueblo lleva los estigmas de la esclavitud por decreto divino o diabólico. Es inútil apiadarse de él: su causa no tiene apelación. Naciones e imperios se forman por su complacencia en las iniquidades de las que es objeto. No hay jefe de Estado ni conquistador que no lo desprecie, pero acepta este desprecio y vive de él. Si el pueblo dejara de ser endeble o víctima, si flaqueara ante su destino, la sociedad se desvanecería, y con ella la Historia. No seamos demasiado optimistas: nada en el pueblo permite considerar una eventualidad tan hermosa. Tal como es, representa una invitación al despotismo. Soporta sus pruebas, a veces las solicita, y sólo se rebela contra ellas para ir hacia otras nuevas, más atroces que las anteriores. Siendo la revolución su único lujo, se precipita hacia ella, no tanto para obtener algunos beneficios o mejorar su suerte, como para adquirir también su derecho a la insolencia, ventaja que le consuela de sus decepciones habituales, pero que pierde tan pronto como son abolidos los privilegios del desorden. Como ningún régimen le asegura su salvación, el pueblo se amolda a todos y a ninguno. Y desde el Diluvio hasta el Juicio Final, a lo único a que puede aspirar es a cumplir honestamente con su misión de vencido.

Volviendo a nuestros amigos, además de la razón mencionada para hacerlos desaparecer, hay otra: conocen demasiado nuestros límites y nuestros defectos (a eso se reduce la amistad y a nada más) como para hacerse ilusiones respecto a nuestros méritos. Hostiles, además, a que nos promovamos al rango de ídolos -para lo cual estaríamos muy dispuestos-, encargados de salvaguardar nuestra mediocridad, nuestras dimensiones reales, desinflan el mito que nos gustaría crear, nos fijan en nuestra medida exacta y denuncian la falsa imagen de nosotros mismos. Y cuando nos dispensan algunos elogios, llevan tantos sobreentendidos y sutilezas, que sus alabanzas, de tan circunspectas, equivalen a un insulto. Lo que ellos desean en secreto es nuestro derrumbe, nuestra humillación y nuestra ruina. Al asimilar nuestro éxito con la usurpación, reservan toda su clarividencia para examinar nuestros pensamientos y nuestros gestos y delatar su vacío, y sólo son clementes cuando ya estamos de bajada. Se muestran tan solícitos ante el espectáculo de nuestra caída, que hasta nos aman, se enternecen con nuestras miserias y dejan las suyas para compartir las nuestras y nutrirse de ellas. Durante nuestro ascenso nos escrutaban sin piedad, eran *objetivos*: ahora pueden permitirse el lujo de vernos distintos a lo que somos y perdonarnos los antiguos éxitos, persuadidos de que ya no tendremos otros. Y tal es su debilidad por nosotros, que gastan la mayor parte de su tiempo inclinados sobre nuestras deformidades y extasiados ante nuestras carencias. El gran error de César fue no desconfiar de los suyos, de aquellos que, observándolo de cerca, no podían admitir su ascendencia divina, y rehusaron deificarlo; en cambio el pueblo sí lo consintió, pues el pueblo lo acepta todo. Si se hubiera desembarazado de ellos, en vez de una muerte sin pompa hubiese conocido una apoteosis prolongada, soberbia delicuescencia a la medida de un verdadero dios. A pesar de su sagacidad, tenía simplezas: ignoraba que nuestros íntimos son los peores enemigos de nuestra *estatua*.

En una república, paraíso de la debilidad, el hombre político es un tiranuelo que se somete a las leyes; pero una personalidad fuerte no las respeta, es decir, sólo respeta aquellas que ha dictado. Experta en lo incalificable, ve en el ultimátum el honor y la cima

de su carrera. Estar en condiciones de lanzar uno, o varios, indica con certeza una voluptuosidad junto a la cual todas las demás son remilgos. No concibo que se pueda ambicionar la dirección de cualquier negocio si no se aspira a esta provocación sin paralelo, la más insolente que exista, y más execrable aún que la agresión que comúnmente la sigue. «¿De cuántos ultimátum es culpable?», debería ser lo que uno se preguntara de un jefe de Estado. ¿Que no tiene ninguno en su haber? La historia lo desdeña, ella, que sólo se anima en los capítulos que hablan de lo horrible y que se aburre en los de la tolerancia y el liberalismo, régimen en el que los temperamentos se hacen añicos y los más virulentos tienen aspecto de conspiradores apaciguados.

Compadezco a quienes nunca han tenido ningún sueño de dominación desmesurada, ni han sentido en ellos arremolinarse los tiempos. ¡Ah! aquella época cuando Ahriman era mi príncipe y mi dios, cuando, insaciado de barbarie, escuchaba en mí el reventar de las hordas suscitando dulces catástrofes. De nada me vale zozobrar ahora en la modestia; todavía conservo una cierta debilidad por los tiranos, a quienes prefiero siempre, antes que a los redentores y a los profetas. Y los prefiero porque no se esconden tras las fórmulas, porque su prestigio es equívoco y su sed autodestructiva, mientras que los otros, redentores y profetas, poseídos por una ambición sin límites disfrazan los objetivos con preceptos engañosos, se alejan del ciudadano para reinar en las conciencias para apoderarse de ellas, implantarse en ellas y crear estragos durables sin tener que enfrentarse a reproches, merecidos, no obstante, de indiscreción o de sadismo. Junto al poder de un Buda, de un Jesús o de un Mahoma, ¿qué vale el de los conquistadores? ¡Renuncia a la idea de la gloria si no tienes la tentación de fundar una religión! Y aunque en este sector los puestos ya estén ocupados, los hombres no se resignan tan pronto: ¿no son acaso los jefes de secta fundadores de religión en segundo grado? Teniendo en cuenta la eficacia Calvino y Lutero, por haber desencadenado conflictos que aún ahora no se resuelven, eclipsan a Carlos V o a Felipe II. El cesarismo espiritual es más refinado y más rico en trastornos que el cesarismo propiamente dicho: si quieres dejar un nombre, antes lígalo a una iglesia que a un imperio. Tendrás así neófitos apegados a tu suerte y a tus chifladuras, fieles que podrás salvar o maltratar a placer.

Los jefes de una secta no retroceden ante nada, pues incluso sus escrúpulos forman parte de su táctica. Pero sin llegar hasta las sectas -caso límite-, querer simplemente instituir una orden religiosa es mejor, en el plano de la ambición, que regentar una ciudad o asegurarse una conquista por medio de las armas. Insinuarse en los espíritus, hacerse dueño de sus secretos, despojarlos en cierta forma de sí mismos, de su unidad, quitarles hasta el privilegio, que se dice inviolable, del «fuero interno», ¿qué tirano, qué conquistador ha aspirado a tanto? Siempre será más sutil la estrategia religiosa, y más sospechosa, que la estrategia política. Que se comparen los *Ejercicios espirituales*, tan astutos bajo su aspecto desenfadado, con la franqueza desnuda de *El Príncipe*, y se medirá la distancia que separa las astucias del confesionario de las astucias de una chancillería o de un trono.

Mientras más se exaspera el apetito de poder en los jefes espirituales, más se preocupan, no sin razón, en frenarlo en los demás. Cualquiera de nosotros, abandonado a sí mismo, ocuparía el espacio y hasta el aire y se consideraría su propietario. Una sociedad que se estimara perfecta, debería poner de moda, o hacer obligatoria, la camisa de fuerza, pues el hombre sólo se mueve para hacer el mal. Las religiones, al afanarse por curarlo de la obsesión del poder y por dar una dirección no política a sus aspiraciones, se unen a los regímenes de autoridad, ya que, como ellos, aunque con otros métodos, quieren domarlo, sojuzgar su naturaleza, su megalomanía nata. Lo que consolidó las religiones, lo que hasta ahora las hizo triunfar sobre nuestras inclinaciones, es decir, el elemento ascético, es justamente lo que ha dejado de tener poder sobre nosotros. Una liberación peligrosa tenía que ser el resultado; ingobernables bajo todos los aspectos, plenamente emancipados, desembarazados de nuestras cadenas y de nuestras supersticiones, estamos maduros para los remedios del terror. Quien aspira a la libertad

completa, sólo la consigue para retornar al punto de partida, a su servidumbre original. De ahí la vulnerabilidad de las sociedades evolucionadas, masas amorfas, sin ídolos ni ideales, peligrosamente desprovistas de fanatismo, de lazos orgánicos, y tan desamparadas en medio de sus caprichos o de sus convulsiones que aceptan -y es el único sueño del que son capaces- la seguridad y los dogmas del yugo. Incapaces de asumir por más tiempo la responsabilidad de sus destinos, conspiran, mucho más que las sociedades rústicas, en pro del advenimiento del despotismo, para que éste las libere de los últimos resabios de un apetito de poder rendido, vacío e inútilmente obsesivo.

Un mundo sin tiranos sería tan aburrido como un jardín zoológico sin hienas. El amo que aguardamos aterrados será precisamente un aficionado a la podredumbre, en cuya presencia todos pareceremos carroñas. ¡Que venga a husmearnos, que se revuelque en nuestras exhalaciones! Un nuevo olor planea ya sobre el universo.

Para no ceder a la tentación política, hay que vigilarse a cada momento. Pero, ¿cómo conseguirlo en un régimen democrático en el que el vicio esencial es permitirle a cualquiera aspirar al poder y dar libre curso a sus ambiciones? De ello resulta una enorme abundancia de fanfarrones, de agitadores sin destino, de locos sin importancia que la fatalidad ha rehusado marcar, incapaces de verdadero frenesí, tan inadecuados para el triunfo como para el hundimiento. Sin embargo, es su nulidad lo que permite y asegura nuestras libertades amenazadas por las personalidades excepcionales. Una república que se respete debería trastocarse ante la aparición de un gran hombre y proscribirlo de su seno, o impedir al menos que se cree una leyenda a su alrededor. ¿La idea le repugna? Será que, deslumbrada por su azote, no cree más ni en sus instituciones ni en sus razones de ser. Se enreda en sus leyes, y esas leyes, que protegen a su enemigo, la disponen y la comprometen a la dimisión. Sucumbiendo bajo los excesos de su tolerancia, tiene miramientos con un adversario que no le guardará a ella ninguna consideración, autoriza los mitos que la socavan y la destrozan y se deja enredar en las suavidades de su verdugo. ¿Merece subsistir cuando sus mismos principios la invitan a desaparecer? Paradoja trágica de la libertad: los mediocres, que son los únicos que hacen posible su ejercicio, no sabrían garantizar su duración. Lo debemos todo a su insignificancia y perdemos todo a causa de ella. De esta manera se encuentran siempre por debajo de su misión. Esta es la mediocridad que yo aborrecía cuando amaba sin reserva a los tiranos, de quienes nunca se dirá suficientemente -al contrario de su caricatura (todo demócrata es un tirano de opereta)- que tienen un destino, incluso *demasiado destino*. Y si yo les rendía culto es porque, teniendo instinto de mando, no se rebajan ni al diálogo ni a los argumentos: ordenan, decretan, sin dignarse a justificar sus actos; de ahí su cinismo, cinismo que yo ponía por encima de todos los vicios y de todas las virtudes, marca de superioridad, hasta de nobleza, que a mis ojos los aislaba de los mortales. No pudiendo hacerme digno de ellos por la acción, esperaba alcanzarlos a través de la palabra, de la práctica del sofisma y de la enormidad: ser tan odioso con los medios del espíritu como lo eran ellos con los del poder, devastar por medio de la palabra, hacer estallar al verbo y con él al mundo, reventar con uno y con otro, hundirme finalmente bajo sus escombros. Ahora, chasqueado de esas extravagancias, de todo lo que daba realce a mis días, me pongo a soñar con una ciudad, maravilla de moderación, dirigida por un equipo de octogenarios un tanto chochos, de una amenidad maquinal, lo suficientemente lúcidos como para hacer buen uso de sus decrepitudes, exentos de deseos, de añoranzas, de dudas, y tan preocupados por el equilibrio general y el bien público que mirasen la sonrisa como un signo de depravación o de subversión. Y ahora es tal mi decadencia que hasta los demócratas me parecen demasiado ambiciosos y demasiado delirantes. Sería su cómplice, sin embargo, si su odio hacia la tiranía fuese puro; pero sólo la abominan porque los relega a su vida privada y los arrincona en su vacío. El único grado de grandeza que pueden alcanzar es el del fracaso. Liquidar les sienta bien, y cuando sobresalen en ello merecen nuestro respeto. En términos generales, para llevar un Estado a la ruina, hace falta una cierta práctica, disposiciones

especiales, incluso talentos. Pero puede suceder que las circunstancias se presten a ello; la tarea entonces es más fácil, como lo prueba el ejemplo de los países en decadencia desprovistos de recursos interiores, presas de lo insoluble, de los desgarramientos, del juego de opiniones y de tendencias contradictorias. Tal fue el caso de la antigua Grecia. Y ya que hablamos de fracaso, el de Grecia fue perfecto: se diría que se esmeró en hacer de él un modelo para descorazonar a la posteridad. A partir del siglo II antes de Cristo -dilapidada su sustancia, tambaleantes sus ídolos, dividida su vida política entre el partido macedonio y el partido romano-, para resolver sus crisis y poner remedio a la maldición de sus libertades, Grecia tuvo que recurrir a la dominación extranjera, aceptar durante más de quinientos años el yugo de Roma, viéndose empujada a ello por el mismo grado de refinamiento y de gangrena a que había llegado. Reducido el politeísmo a un montón de fábulas, había perdido su genio religioso y, con él, su genio político, dos realidades indisolublemente ligadas: poner en tela de juicio a los dioses es poner en tela de juicio a la ciudad que presiden. Grecia no pudo sobrevivir a sus dioses, como tampoco pudo Roma sobrevivir a los suyos. Para comprobar que con su instinto religioso perdió su instinto político, bastará con mirar sus reacciones durante las guerras civiles: siempre del lado equivocado, aliándose a Pompeyo contra César, a Bruto contra Octavio y Antonio, a Antonio contra Octavio, uniéndose regularmente a la mala suerte como si en la continuidad del fracaso hubiera encontrado una garantía de estabilidad, el consuelo y la comodidad de lo irreparable. Las naciones cansadas de sus dioses, o de las que los dioses están hartos, mientras mejor legisladas estén, más riesgos corren de sucumbir. El ciudadano se pule a expensas de las instituciones; si deja de creer en ellas, no puede ya defenderlas. Cuando los romanos, al contacto con los griegos, terminaron por enmagrecer, es decir por debilitarse, los días de la república estaban contados. Se resignaron a la dictadura, quizá la llamaban en secreto: nada de Rubicón sin las complicaciones de una fatiga colectiva.

El principio de muerte, inherente a todos los regímenes, es más perceptible en las repúblicas que en las dictaduras: las primeras lo proclaman y lo exhiben, las segundas lo disimulan y lo niegan. Lo que no impide que estas últimas, gracias a sus métodos, lleguen a asegurarse una duración larga y sobre todo más *consistente*: solicitan, cultivan el acontecimiento, mientras que las otras lo dejan de lado, pues la libertad es un estado de ausencia susceptible de degenerar cuando los ciudadanos, agotados por la tarea de ser ellos mismos, sólo aspiran a humillarse y a dimitir, a satisfacer su nostalgia de servidumbre. No hay nada que aflija tanto como la extenuación y la ruina de una república: habría que hablar de ella en el tono de la elegía o del epigrama o, mejor aún, en el de *L'Esprit des lois*: «Cuando Sila quiso liberar a Roma, ya era tarde; sólo le quedaba un débil resto de virtud, y como siempre tuvo menos que eso, en vez de despertar bajo César, Tiberio, Cayo, Claudio, Nerón, Domiciano, se hizo más servil: todos los golpes fueron contra el tirano, ninguno contra la tiranía».

Y es que, precisamente, uno puede llegar a tomarle gusto a la tiranía, pues sucede que el hombre prefiere pudrirse en el miedo antes que afrontar la angustia de ser él mismo. Generalizado el fenómeno, aparecen los césares: cómo recriminarles cuando responden a las exigencias de nuestra miseria y a las imploraciones de nuestra cobardía? En realidad, merecen ser admirados: corren hacia el asesinato, sueñan con él sin cesar, aceptan su horror y su ignominia, y le dedican todos sus pensamientos, hasta el punto de olvidarse del suicidio y del exilio, fórmulas menos espectaculares, aunque más dulces y agradables. Habiendo optado por lo más dócil, sólo pueden prosperar en tiempos inciertos, para mantener el caos o estrangularlo. La época propicia para su auge coincide con el fin de un ciclo de civilización. Esto es evidente para el mundo antiguo, y no lo será menos para el moderno, que va derecho hacia una tiranía no menos considerable que la que sojuzgaba los primeros siglos de nuestra era. La meditación más elemental sobre el proceso histórico dentro del cual constituimos el término, revela que el cesarismo será el modo según el cual se cumplirá el sacrificio de nuestras libertades. Si los continentes deben ser

unificados, será por medio de la fuerza, y no de la persuasión; como el Imperio romano, el imperio futuro será forjado con la espada, y se establecerá con el concurso de todos, puesto que nuestros mismos terrores lo piden a gritos.

Si me dijeran que divago, respondería que es posible que me esté anticipando. Las fechas no importan. Los primeros cristianos esperaban el fin del mundo de un momento a otro; sólo se equivocaron por algunos milenios... Desde otro orden de espera, puedo equivocarme también; pero, en fin, no se sopesa ni se comprueba una visión, y la que yo tengo de la tiranía futura se me impone con una evidencia tan decisiva que me parecería deshonesto querer demostrar su fundamento. Es una certeza que participa tanto del escalofrío como del axioma. Y me adhiero a ella con el impulso de un agitador y la seguridad de un geómetra. No, ni divago ni me equivoco. Y ni siquiera podría decir, como Keats, que «el sentimiento de la sombra me invade». Es más bien una luz lo que me asalta, precisa e intolerable, que no me hace ver el fin del mundo -eso sí sería divagar- sino el de un estilo de civilización y el de una manera de ser. Para limitarme a lo inmediato, y más concretamente a Europa, me parece, con toda claridad, que la unidad no se logrará, como piensan algunos, por acuerdo y deliberación, sino por medio de la violencia, según las leyes que rigen la constitución de los imperios. Para que esas viejas naciones, enredadas en sus celos y en sus obsesiones provincianas, renuncien a ellas y se emancipen, hará falta que una mano de hierro las obligue, pues nunca consentirán por propia voluntad. Una vez esclavizadas, comulgando en la humillación y en la derrota, podrán entregarse a una obra supranacional bajo el ojo vigilante y malicioso de su nuevo amo. Su esclavitud será brillante, la cuidarán con diligencia y delicadeza, no sin gastar en el empeño los últimos restos de su genio. Pagarán caro el esplendor de su servidumbre.

Así, adelantándonos a los tiempos, Europa dará, como siempre, el ejemplo al mundo, y se hará célebre en su oficio de protagonista y de víctima. Su misión ha consistido en prefigurar las pruebas de los otros, en sufrir por ellos y antes que ellos, en ofrecerles sus propias convulsiones como modelo, para ahorrarles el trabajo de inventar convulsiones originales, personales. Mientras más se esforzaba por ellos, mientras más se atormentaba y agitaba, mejor vivían los otros como parásitos de sus congojas y herederos de sus rebeliones. Todavía, en el futuro, se volverán hacia ella hasta el día en que, agotada, ya sólo pueda legarles desechos.

Odisea del rencor

Empleamos la mayor parte de nuestras vigilias en despedazar con el pensamiento a nuestros enemigos, en arrancarles los ojos y las entrañas, en presionar y vaciar sus venas, en pisotear y machacar cada uno de sus órganos, dejándoles únicamente, por lástima, el placer de su esqueleto. Hecha esta concesión, nos tranquilizamos y, hartos de fatiga, caemos en el sueño. Reposo bien ganado después de tan minucioso encarnizamiento. Debemos, por otra parte, recuperar fuerzas para poder recomenzar a la noche siguiente, para emprender una tarea que descorazonaría a un Hércules carnicero. Decididamente, tener enemigos no es una sinecura.

El programa de nuestras noches sería menos pesado si, durante el día, pudiésemos dar libre curso a nuestros malos instintos. Para alcanzar no tanto la felicidad como el equilibrio, tendríamos que liquidar a una buena parte de nuestros semejantes, practicar cotidianamente la masacre tal como lo hacían nuestros afortunados y lejanos ancestros. No tan afortunados, se nos objetará, pues la baja densidad demográfica de la época de las cavernas no les permitía descuartizarse todo el tiempo. De acuerdo. Pero tenían compensaciones, estaban mejor provistos que nosotros: yendo a cazar a cualquier hora del día, lanzándose sobre las bestias salvajes, era a sus congéneres a quienes abatían. Familiarizados con la sangre, podían fácilmente apaciguar su frenesí; no tenían ninguna necesidad ni de disimular ni de diferir sus impulsos asesinos, mientras que nosotros estamos condenados a vigilar y a refrenar nuestra ferocidad, a dejarla sufrir y gemir,

pues nos vemos sujetos a la necesidad de retardar nuestras venganzas o de renunciar a ellas.

No vengarse es encadenarse a la idea del perdón, es hundirse en ella, es tornarse impuro a causa del odio que se le ahoga a uno dentro. El enemigo perdonado nos obsesiona y nos perturba, sobre todo cuando hemos *decidido* no detestarlo. De todas maneras sólo le perdonamos de verdad si hemos contribuido o asistido a su caída, si nos ofrece el espectáculo de un fin ignominioso, o si, suprema reconciliación, contemplamos su cadáver. Rara dicha por cierto, y vale más no contar con ella. Pues el enemigo nunca está por tierra, siempre se encuentra de pie y triunfante. Su primera cualidad es la de levantarse frente a nosotros y oponer a nuestras tímidas risas burlonas su abierto sarcasmo.

Nada nos hace más desgraciados que la obligación de resistir a la llamada de nuestros profundos orígenes primitivos. Los resultados son esos tormentos de civilizado reducido a la sonrisa, uncido a la cortesía y a la duplicidad, incapaz de anular al adversario, salvo con la intención, abocado a la calumnia y, desesperado por matar, lo hace únicamente gracias a la virtud de las palabras, ese puñal invisible. Los caminos de la crueldad son diversos. Al sustituir la jungla, la conversación permite a nuestra bestialidad gastarse sin perjuicio inmediato para nuestros semejantes. Si, por el capricho de un poder maléfico, perdiéramos el uso de la palabra, nadie se encontraría ya a salvo. Hemos logrado pasar al dominio de nuestros pensamientos la necesidad del asesinato inscrita en nuestra sangre: sólo esta acrobacia explica la posibilidad, y la permanencia, de la sociedad. ¿Habrá que concluir que logramos triunfar sobre nuestra corrupción nativa, sobre nuestros talentos homicidas? Eso sería desconocer las capacidades del verbo y exagerar sus posibilidades. La crueldad que hemos heredado, que está a nuestra disposición, no se deja domar tan fácilmente; mientras no nos entreguemos a ella por completo, y no la agotemos, se conservará en lo más secreto y no nos emanciparemos de ella. El asesino típico medita su crimen, lo prepara, lo cumple, y, al cumplirlo, se libera por un tiempo de sus impulsos; en cambio, el que no mata porque no puede matar, aunque tenga deseos de hacerlo, el asesino irrealizado, veleidoso y elegíaco de la matanza, comete mentalmente un sinnúmero de crímenes, y se atormenta y sufre mucho más que el otro, puesto que arrastra la nostalgia de todas las abominaciones que no pudo perpetrar. De la misma manera aquel que no osa vengarse envenena sus días, maldice sus escrúpulos y ese acto contra natura que es el perdón. Sin duda la venganza no siempre es dulce: una vez llevada a cabo, nos sentimos inferiores a la víctima, nos enredamos en las sutilezas del remordimiento; la venganza también tiene su ponzoña, aunque esté más cerca de nuestra naturaleza, de lo que experimentamos, de nuestra propia ley; también es más *sana* que la magnanimidad. Las Furias tenían la fama de ser anteriores a los dioses, a Júpiter inclusive. La Venganza es anterior a la Divinidad. Es la máxima intuición de la mitología antigua.

Los que, o por falta de ocasión o por impotencia, no han reaccionado ante las maniobras de sus enemigos, llevan en su rostro los estigmas de cóleras ocultas, las huellas de la afrenta y del oprobio, el deshonor de haber perdonado. Los bofetones que no dieron se voltean contra ellos y regresan en masa a golpear su cara y a ilustrar su cobardía. Perdidos y obsesos, replegados sobre su vergüenza, saturados de amargura, rebeldes con los demás y consigo mismos, tan inhibidos como prontos a estallar, se diría que hacen un esfuerzo sobrehumano por apartar de sí una amenaza de convulsión. Mientras más grande es su impaciencia, mejor deben disfrazarla, y cuando no lo consiguen y explotan, inútilmente, estúpidamente, caen en el ridículo, al igual que aquellos que han acumulado demasiada bilis y demasiado silencio y pierden en el momento decisivo toda su contención ante sus enemigos y se muestran indignos de ellos. Su fracaso hará crecer aún más su rencor, y cada experiencia, por insignificante que sea, equivaldrá a un nuevo suplemento de hiel.

No nos ablandamos, no nos hacemos *buenos* si no es destruyendo lo mejor de nuestra naturaleza, sometiendo el cuerpo a la disciplina de la anemia, y el espíritu a la del olvido. Mientras guardemos aunque sea una sombra de memoria, el perdón será una lucha con los instintos, una agresión contra el propio yo. Nuestras villanías nos ponen de acuerdo con nosotros mismos, aseguran nuestra continuidad, nos ligan a nuestro pasado y excitan nuestros poderes de evocación; de la misma manera, sólo tenemos imaginación cuando nos encontramos en espera de la desgracia de los demás, en los transportes del hartazgo, en esa disposición que nos empuja, si no a cometer infamias, al menos a soñarlas. ¿Cómo podría ser de otra forma en un planeta donde la carne se propaga con la impudicia de un azote? Hacia donde uno se dirija, tropieza con lo humano, odiosa ubicuidad que nos hunde en el estupor y la rebeldía, en una estupidez *fogosa*. Antes, cuando el espacio se encontraba menos abarrotado, menos infestado de hombres, unas sectas, indudablemente inspiradas por una fuerza benéfica, preconizaban y practicaban la castración; por una infernal paradoja desaparecieron en el momento preciso en el que su doctrina hubiera sido más oportuna y saludable que nunca. Maniáticos de la procreación, bípedos con rostros desmonetizados, hemos perdido todo atractivo los unos para los otros, y únicamente sobre una tierra semidesierta, poblada a lo más de algunos millones de habitantes, nuestras fisonomías podrían volver a encontrar su antiguo prestigio. La multiplicación de nuestros semejantes linda con lo inmundo; el deber de amarlos, con la impertinencia. Esto no impide que todos nuestros pensamientos estén contaminados por la presencia de lo humano, que *huelan* a humano y que no consigan desembarazarse de ello. ¿Qué verdad pueden alcanzar, a qué revelación pueden elevarse, si esta pestilencia asfixia el espíritu y lo vuelve impropio para pensar en otra cosa que no sea ese animal pernicioso y fétido de cuyas emanaciones está contaminado? Aquel que es demasiado débil para declarar la guerra al hombre, nunca debería olvidarse, en sus momentos de fervor, de rogar por el advenimiento de un segundo diluvio, más radical que el primero.

El conocimiento arruina el amor: a medida que penetramos en nuestros secretos detestamos a nuestros semejantes, precisamente porque se nos asemejan. Cuando ya no se tienen más ilusiones sobre uno mismo, no se tienen tampoco sobre los demás; la innombrable, que se intuye por introspección, se extiende, por una legítima generalización, al resto de los mortales, y al descubrirlos depravados en su esencia, uno no se equivoca al imputarles todos los vicios. Curiosamente, la mayoría de los mortales se revelan ineptos o renuentes a rastrear los vicios, a comprobarlos en sí mismos o en los demás. Es fácil hacer el mal: todo el mundo lo consigue; asumirlo explícitamente, reconocer su inexorable realidad es, en cambio, una insólita hazaña. En la práctica, cualquiera puede rivalizar con el diablo; en teoría no ocurre lo mismo. Cometer horrores y concebir el *horror* son dos actos irreductibles uno con respecto al otro: nada en común entre el cinismo vivido y el cinismo abstracto. Desconfiemos de los que se suscriben a una filosofía tranquilizadora, los que creen en el Bien y lo erigen en ídolo; no habrían llegado a eso si, inclinados honestamente sobre sí mismos, hubieran sondeado sus profundidades o sus miasmas: pero aquellos pocos que tuvieron la indiscreción o la desgracia de sumergirse hasta las profundidades de su ser, saben a qué atenerse con respecto al hombre: no podrán ya amarlo, pues no se aman más a sí mismos, aunque están, a la vez -y ése es su castigo-, más apegados a su yo que antes...

Para poder conservar la fe en nosotros y en los demás, y no percibir el carácter ilusorio, la nulidad de todo acto, la naturaleza nos ha hecho opacos a nosotros mismos, sujetos a una ceguera que genera el mundo y lo gobierna. Si lleváramos a cabo una investigación exhaustiva de nosotros mismos, el asco nos paralizaría y condenaría a una existencia sin provecho. La incompatibilidad entre el acto y el conocimiento de uno mismo parece haberse escapado a Sócrates; sin esto, en su calidad de pedagogo, de cómplice del hombre, ¿se hubiera atrevido a adoptar el lema del oráculo con todos los abismos de renuncia que supone y a los que invita?

Mientras se posee una voluntad propia y se apega uno a ella (es el reproche que se le ha hecho a Lucifer), la venganza es un imperativo, una necesidad orgánica que define al universo de la diversidad, del «yo», y que no tiene ningún sentido en el universo de la identidad. Si fuese cierto que «es en el Uno donde respiramos» (Plotino), ¿de quién nos vengaríamos ahí donde toda diferencia desaparece y donde comulgamos con lo indiscernible y perdemos nuestros contornos? De hecho respiramos en lo múltiple; nuestro reino es el del «yo» y no hay salvación a través del «yo». Existir es condescender con la sensación, o sea con la afirmación de uno mismo: de ahí se deriva el no saber (con su consecuencia directa: la venganza), principio de fantasmagoría, fuente de peregrinación sobre la tierra. Mientras más pretendemos apartarnos de nuestro yo, más nos hundimos en él. De nada nos sirve hacerlo estallar: en el mismo momento en que creemos haberlo conseguido, se muestra más seguro que nunca; todo lo que ponemos en juego para arruinarlo sólo consigue aumentar su fuerza y su solidez, y es tal su vigor y su perversidad que se dilata mejor en el sufrimiento que en el gozo. Si esto ocurre con el yo, lo mismo sucede, y con mayor razón, con los actos. Cuando nos creemos liberados de ellos, estamos más anclados que nunca: incluso degradados a meros simulacros, los actos tienen poder sobre nosotros y nos esclavizan. Y si llevamos a cabo alguna empresa, ya sea por persuasión o a la fuerza, terminamos siempre por adherirnos a ella, por convertirnos en sus esclavos o en sus engañados. Nadie se mueve sin afiliarse a lo múltiple, a las apariencias, al «yo». Actuar es delinquir contra el absoluto.

La soberanía del acto viene, hay que decirlo sin rodeos, de nuestros vicios, que contienen un mayor contingente de existencia que las virtudes. Si nos adherimos a la causa de la vida, y particularmente a la de la historia, los vicios se revelan útiles en grado superlativo: ¿acaso no es gracias a ellos que nos apegamos a las cosas y desempeñamos un buen papel? Inseparables de nuestra condición, sólo el fantoche no los tiene. Querer boicotear a los vicios es conspirar contra uno mismo, es soltar las armas en pleno combate, es desacreditarse a los ojos del prójimo o quedarse siempre vacío. El avaro merece que se le envidie, no a causa de su dinero, sino justamente por su avaricia, que es su verdadero tesoro. Al fijar al individuo en un sector de lo real, al implantarlo en él, el vicio, que nada hace a la ligera, lo ocupa, lo profundiza, le da una justificación, lo desvía de lo vago. El valor práctico de las manías, de los desajustes y de las aberraciones no necesita ya demostración. En la medida en que nos acantonamos en este mundo, en lo inmediato, donde las voluntades se enfrentan, donde hace estragos el apetito de ser el primero, un pequeño vicio es más eficaz que una gran virtud. La dimensión política de los seres (entiendo por política la coronación de lo biológico) salvaguarda el reino de los actos, el reino de las abyecciones dinámicas. Conocernos es identificar el móvil sórdido de nuestros gestos, lo inconfesable inscrito en nuestra sustancia, la suma de miserias patentes o clandestinas de las que depende nuestra eficacia. Todo lo que emana de las zonas inferiores de nuestra naturaleza está investido de fuerza, todo lo que viene de abajo estimula: producimos y rendimos más por celos y rapacidad que por nobleza o desinterés. La esterilidad sólo acecha a los que no se dignan a mantener y a divulgar sus taras. Cualquiera que sea el sector en que nos ocupemos, para triunfar en él tenemos que cultivar el lado insaciable de nuestro carácter, consentir nuestras inclinaciones al fanatismo, a la intolerancia y a la venganza. Nada más sospechoso que la fecundidad. Si buscas la pureza, si pretendes una transparencia interior, rechaza sin tardanza tus talentos, salta del circuito de los actos, sitúate fuera de lo humano, renuncia, para emplear la jerga piadosa, a la «conversación de las criaturas»...

Los grandes dones, lejos de excluir los grandes defectos, los llaman y los refuerzan. Cuando los santos se acusan de tal o cual pecado, hay que creerles bajo palabra. El mismo interés que muestran por los sufrimientos ajenos atestigua contra ellos. Su piedad, la piedad en general, ¿qué es si no el vicio de la bondad? Obtiene su eficacia del mal principio que recela, y por ello goza con los sufrimientos de los otros, saborea su veneno, se precipita sobre todos los males que percibe o presiente, sueña con el infierno

como si fuera una tierra prometida, lo postula, no puede prescindir de él, y, si la piedad no es destructiva por si misma, se aprovecha, no obstante, de todo lo que destruye. Extrema desviación de la bondad, termina por ser su negación, mucho más entre los santos que entre nosotros. Para convencerse, basta leer sus Vidas y contemplar la voracidad con la que se precipitan sobre nuestros pecados, la nostalgia que tienen por la caída fulgurante o el remordimiento interminable, su exasperación ante la mediocridad de nuestras infamias y su pesar al no tener que atormentarse más por nuestra salvación.

Por muy alto que nos elevemos, permanecemos prisioneros de nuestra naturaleza, de nuestra caída original. Los hombres con grandes designios, o simplemente talentosos, son monstruos, soberbios y horribles, que hacen el efecto de estar meditando algún crimen tremendo; en realidad preparan su obra... trabajan taimadamente en ella, como malhechores: ¿acaso no tienen que abatir a todos aquellos que siguen el mismo camino que ellos? Nos agitamos y producimos para aplastar a los seres o al Ser, a los rivales o al Rival. A cualquier nivel los espíritus se hacen la guerra, se complacen y se revuelcan en el desafío; los mismos santos se entreatacan y excluyen, como lo hacen, por otra parte, los dioses, según lo prueban sus perpetuos pleitos, azote de todos los Olimpos. Aquel que aborda el mismo dominio o el mismo problema que nosotros, que atenta contra nuestra originalidad, contra nuestros privilegios, contra la integridad de nuestra existencia, nos despoja de nuestras quimeras y de nuestras oportunidades. El deber de derribarlo, de arrasarlo, o al menos de vilipendiarlo, adquiere la forma de una misión, de una fatalidad. Sólo nos es agradable aquel que se abstiene, que no se manifiesta para nada; eso mientras no vaya a convertirse en modelo: el sabio *reconocido* excita y legitima la envidia. Incluso un vago, si se distingue en su vagancia y brilla, corre el riesgo de deshonorarse: atrae demasiado la atención sobre sí... Lo ideal sería una desaparición bien dosificada. Nadie lo consigue.

Sólo se adquiere la gloria en detrimento de los demás, de aquellos que también la buscan; hasta la reputación se obtiene al precio de innumerables injusticias. Aquel que ha salido del anonimato, o que hace el intento por salir, prueba que ha eliminado todo escrúpulo de su vida, que ha triunfado sobre su conciencia, si es que alguna vez la tuvo. Renunciar al nombre es condenarse a la inactividad; apegarse a él es degradarse. ¿Hay que rezar o escribir plegarias?, ¿existir o expresarse? Lo cierto es que el principio de expansión, inmanente a nuestra naturaleza, nos hace mirar los méritos de otro como una usurpación de los nuestros, como una continua provocación. Si la gloria nos está prohibida o nos es inaccesible, acusamos a aquellos que la han alcanzado porque pensamos que la han obtenido robándonosla: nos correspondía por derecho, nos pertenecía, y sin las maquinaciones de esos usurpadores hubiese sido nuestra. «Mucho más que la propiedad, la gloria es un robo»: letanía del amargado y, hasta cierto punto, de todos nosotros. La voluptuosidad de ser desconocido o incomprendido es rara; no obstante, si bien se mira, ¿no equivale acaso al orgullo de haber triunfado sobre las vanidades y los honores, sobre el deseo de un renombre inhabitual, al orgullo de una celebridad *sin público*? Lo cual constituye la forma suprema, el *summum*, del apetito de gloria.

La palabra no es demasiado fuerte: se trata de un *apetito* que hunde sus raíces en nuestros sentidos y que responde a una necesidad fisiológica, a un grito de las entrañas. Para apartarnos de él y vencerlo, deberíamos meditar en nuestra insignificancia hasta adquirir el sentimiento vivo de ella, sin ninguna voluptuosidad, pues la certeza de no ser nada conduce, si no se tiene cuidado, a la complacencia y al orgullo: no se percibe la propia nada, no se detiene uno en ella, sin apegarse sensualmente... Hay cierto placer en denunciar encarnizadamente la fragilidad de la felicidad; de la misma forma, cuando se profesa desdén por la gloria, no se ignora, con eso, el deseo de obtenerla, se la adora incluso al proclamar su inanidad. Deseo odioso sin duda, pero inherente a nuestra organización; para extirparlo, habría que consagrar la carne y el espíritu a la petrificación, rivalizar en apatía con el mineral, olvidar después a los demás evacuarlos de nuestra

conciencia, pues su simple presencia radiante y satisfecha despierta a nuestro mal genio, quien nos ordena barrerlos y salir de nuestra oscuridad a pesar de su brillo.

Detestamos a aquellos que han «escogido» vivir en la misma época que nosotros, que corren a nuestro lado, que estorban nuestros pasos o nos dejan atrás. En términos más claros: todo contemporáneo es odioso. Nos resignamos a la superioridad de un muerto, nunca a la de un vivo cuya misma existencia constituye un reproche y una acusación, una invitación a los vértigos de la modestia. Que tantos semejantes nos sobrepasen es una evidencia insostenible que esquivamos arrogándonos, por astucia instintiva o desesperada, todos los talentos y atribuyéndonos la ventaja de ser únicos. Nos asfixiamos cerca de nuestros émulos o de nuestros modelos: ¡qué alivio frente a sus tumbas!

Incluso el discípulo sólo respira y se emancipa con la muerte del maestro. Mientras somos, invocamos con nuestros deseos la ruina de aquellos que nos eclipsan con sus dones, con sus trabajos o sus hazañas, y espiamos con avidez, con febrilidad, sus últimos momentos. Fulano se eleva, en nuestro sector, por encima de nosotros y es razón suficiente para que deseemos vernos libres de él: ¿cómo perdonarle la admiración que nos inspira? Que se borre, que se aleje, que reviente al fin para que podamos venerarlo sin desgarramiento ni acrimonia, para que cese nuestro martirio.

Si el que se eleva tuviera un poco de astucia, en lugar de agradecernos la gran debilidad que sentimos por él, nos trataría mal, nos acusaría de impostura, nos apartaría con asco o conmiseración. Demasiado lleno de sí mismo, sin ninguna experiencia en el calvario de la admiración, ni de los movimientos contradictorios que provoca en nosotros, apenas sí sospecha que al ponerlo en un pedestal hemos consentido en rebajarnos y que pagará por ello: ¿podremos olvidar jamás el golpe que, a su pesar, es cierto, asestó a la dulce ilusión de nuestra singularidad y de nuestro valor? Habiendo cometido la imprudencia o el abuso de dejarse adorar demasiado tiempo, tiene que sufrir las consecuencias: por el decreto de nuestra lasitud, de verdadero dios se ha convertido en dios falso, se ha reducido a ser el arrepentimiento de haber ocupado indebidamente nuestras horas. Quizá sólo lo hemos venerado con la esperanza de poder vengarnos algún día. Si nos place postrarnos, nos place más aún renegar de aquellos ante quienes nos hemos rebajado. Cualquier trabajo de zapa exalta, confiere energía; de ahí la urgencia, la infalibilidad práctica de los sentimientos viles. La envidia, que hace de un poltrón un temerario, de un aborto un tigre, fustiga los nervios, enciende la sangre, comunica al cuerpo un escalofrío que le impide amilanarse, otorga al rostro más anodino una expresión de ardor concentrado; sin ella no habría acontecimientos, ni siquiera *mundo*; la envidia ha hecho al hombre posible, le ha permitido hacerse un nombre, acceder a la grandeza *por la caída* por esa rebelión contra la gloria anónima del paraíso, donde no encontraba acomodo, al igual que el ángel caído, su inspirador y su modelo. Todo lo que respira, todo lo que se mueve, da testimonio de la mácula original. Asociados para siempre a la efervescencia de Satán, patrón del Tiempo, apenas distinto de Dios, puesto que sólo es su faz visible, somos presa de ese genio de la sedición que nos hace cumplir con nuestra tarea de seres vivientes excitándonos los unos contra los otros en un combate deplorable, sin duda, pero fortificador: salimos de la torpeza, nos animamos, cada vez que, triunfando sobre nuestros móviles nobles, tomamos conciencia de nuestro papel de destructores.

La admiración, por el contrario, a fuerza de desgastar nuestra sustancia, nos deprime y nos desmoraliza a la larga; nos volvemos contra el *admirado*, culpable de habernos infligido la carga de elevarnos a su nivel. Que no se asombre si nuestros impulsos hacia él sufren retrocesos, ni si procedemos de vez en cuando a la revisión de nuestros arrebatos. Nuestro instinto de conservación nos llama al orden, al deber para con nosotros mismos, nos obliga a reponernos. No dejamos de estimar o de echar incienso a fulano o a mengano porque sus méritos se encuentren en entredicho, sino porque no podemos realzarnos más que a sus expensas. Sin haberse desecado, nuestra capacidad de admiración atraviesa una crisis durante la cual, entregados a los encantos y furores de la

apostasía, hacemos el recuento de nuestros ídolos para repudiarlos y destrozarlos por turno, y este frenesí de iconoclasta, despreciable en sí mismo, no deja por ello de ser el factor que pone nuestras facultades en movimiento.

El resentimiento, móvil vulgar, es decir eficaz, de la inspiración, triunfa en el arte y en la filosofía: pensar es vengarse con astucia, es saber disfrazar las negruras y velar los malos instintos. Si juzgamos por lo que excluye y rechaza, un sistema evoca un ajuste de cuentas hábilmente llevado. Implacables, los filósofos son unos «duros», como los poetas, como todos aquellos que tienen algo que decir. Si los suaves y los tibios no dejan huella, no es por falta de profundidad o de clarividencia, sino por falta de agresividad, lo cual, no obstante, no implica una vitalidad intacta. En conflicto con el mundo, el pensador es a menudo un debilucho, un raquítico, más virulento mientras más siente su inferioridad biológica y sufre por ello. Mientras más sea rechazado por la vida, más tratará de dominarla y subyugarla, sin conseguirlo. Bastante desheredado como para perseguir la dicha, pero demasiado orgulloso para encontrarla o resignarse, tan real como irreal, tan temible como impotente, el pensador se asemeja a una mezcla de fiera y de fantasma, a un furioso que viviera metafóricamente.

Un rencor bien firme, bien vigilante, puede constituir por sí mismo el armazón de un individuo: la debilidad de carácter procede la mayor parte de las veces de una memoria desfalleciente. No olvidar la injuria es uno de los secretos del éxito, un arte que poseen sin excepción los hombres de convicciones fuertes, pues toda convicción está constituida principalmente de odio y, en segundo lugar solamente, de amor. Las perplejidades, por el contrario, son el lote de aquel que, incapaz precisamente de amar y de odiar, no puede optar por nada, ni siquiera por sus contradicciones. Si quiere afirmarse, sacudir su apatía, tener un papel, que se invente enemigos y a ellos se aferre, que despierte su crueldad adormecida o el recuerdo de ultrajes imprudentemente despreciados. Para dar el menor paso hacia adelante se requiere un mínimo de bajeza, incluso para subsistir. Que nadie desdeñe sus recursos de indignación si quiere «perseverar en el ser». El rencor conserva; si, además, uno sabe mantenerlo, cuidarlo, se evita la pereza y el ablandamiento. Se debería sentir rencor incluso contra las cosas: ¿qué mejor estrategia para remojarse en su contacto, para abrirse a lo real y rebajarse con provecho? Desprovisto de toda carga vital, un sentimiento puro es una contradicción en sus términos, una imposibilidad, una ficción. Así pues no existe, aunque se lo busque en el dominio de la religión, donde se supone que prospera. No se puede existir, ni mucho menos rezar, sin dar su parte al demonio. Más a menudo nos apegamos a Dios para vengarnos de la vida, para castigarla y manifestarle que podemos prescindir de ella, que hemos encontrado algo mejor, y también nos apegamos a él por horror a los hombres, como medida de represión contra ellos, por el deseo de hacerles comprender que, teniendo nuestros intereses en otra parte, su sociedad no nos es indispensable, y que si nos rebajamos ante El es para no tener que arrastrarnos ante ellos. Sin ese elemento mezquino, turbio, taimado, nuestro fervor carecería de energía y quizá no podría ni esbozarse.

Se diría que es a los enfermos a quienes compete revelarnos la irrealidad de los sentimientos puros, que ésa es su misión y el sentido de sus experiencias. Nada más natural, pues en ellos se concentran y exacerban las taras de nuestra raza. Después de haber peregrinado a través de las especies y luchado con más o menos éxito por imprimir su huella en ellas, la Enfermedad, cansada de su carrera, quiso sin duda aspirar al descanso, buscar a alguien en quien afirmar su supremacía en paz y que no se mostrase reacio a sus caprichos y a su despotismo, alguien con quien realmente pudiese contar. Tanteó a derecha e izquierda, fracasó muchas veces. Por fin encontró al hombre, si es que no fue ella quien lo creó. De esta suerte todos somos enfermos: los unos, virtuales, forman la masa de los sanos, especie de humanidad plácida, inofensiva; los otros, caracterizados, son los enfermos propiamente dichos, minoría cínica y apasionada. Dos categorías próximas en apariencia, irreconciliables de hecho: una considerable separación diferencia el dolor posible del dolor presente.

En vez de recriminarnos a nosotros mismos la fragilidad de nuestra complexión, hacemos responsables a los demás de la menor incomodidad incluso de una migraña; los acusamos de hacernos pagar por su salud, de mantenernos clavados en la cama para que ellos puedan moverse y agitarse a su gusto. Con qué voluptuosidad veríamos nuestro mal o nuestra indisposición propagarse, contagiarse alrededor y, si fuera posible, a la humanidad entera. Decepcionados en nuestro deseo, detestamos a todos, próximos y lejanos, abrigamos hacia ellos sentimientos exterminadores, deseamos que se vean más amenazados que nosotros, y que en la hora de la agonía una total anulación en común suene para el total de los vivientes. Sólo los grandes dolores, los dolores *inolvidables*, desligan del mundo; los otros, los mediocres, los peores moralmente, esclavizan porque remueven los bajos fondos del alma. Debemos desconfiar de los enfermos: tienen «carácter», saben explotar y afilar sus rencores. Un día un enfermo decidió no volver a estrechar la mano de un sano. Pero pronto descubrió que muchos de los que había creído sanos no estaban en el fondo ilesos. ¿Para qué entonces hacerse enemigos por sospechas apresuradas? Evidentemente, era más razonable que los demás, y tenía más escrúpulos que los de su ralea, pandilla frustrada, insaciable y profética, que debería ser aislada porque quiere trastocarlo todo para imponer su ley. Confiemos más bien las cosas a los normales, los únicos dispuestos a dejarlas tal cual: indiferentes al pasado y al porvenir, se limitan al presente y se instalan en él sin nostalgias ni esperanzas. Pero en cuanto la salud flaquea, ya sólo se piensa en el paraíso o en el infierno, en *reformular*: se quiere reparar lo irreparable, mejorar o demoler la sociedad que se torna insoportable porque uno no puede soportarse a sí mismo. Un hombre que sufre es un peligro público, un desequilibrado tanto más temible cuanto que debe la mayoría de las veces disimular su mal, fuente de su energía. No puede uno hacerse valer ni tener un papel sin la asistencia de algún achaque, y no existe dinamismo que no sea signo de miseria fisiológica o de estrago interno. Cuando se conoce el equilibrio, no se apasiona uno por nada, ni se apega uno a la vida, porque se es la vida; si el equilibrio se rompe, en vez de asimilarnos a las cosas, sólo pensamos en trastocarlas o en remodelarlas. El orgullo emana de la tensión y de la fatiga de la conciencia, de la imposibilidad de existir ingenuamente. Ahora bien, los enfermos, nunca ingenuos, sustituyen el hecho por la idea falsa que se hacen de él, de manera que sus percepciones, y hasta sus reflejos, participan de un sistema de obsesiones hasta tal punto imperiosas que les es imposible no codificarlas e infligírselas a los demás, legisladores pérfidos y biliosos que se ocupan en hacer obligatorios sus males para golpear a aquellos que tienen el descaro de no compartirlos. Si los hombres sanos se muestran más complacientes, si no tienen ninguna razón para ser intratables, es porque ignoran las virtudes explosivas de la humillación. Quien la haya experimentado no la olvidará nunca, y no parará hasta que la traspase a una obra capaz de perpetuar sus congojas. Crear es legar los sufrimientos propios, es querer que los otros se sumerjan en ellos y los asuman, que se impregnen de ellos y los revivan. Eso es cierto en un poema y puede ser cierto en el cosmos. Sin la hipótesis de un dios enfebrecido, obsesionado, sujeto a convulsiones ebrio de epilepsia, no podríamos explicarnos este universo que en todo lleva las marcas de un babeo original. Y adivinamos la esencia de ese dios cuando nosotros mismos somos presa de un temblor similar al que él debió de sentir en los momentos en que se liaba a golpes con el caos. Pensamos en él con todo lo repugnante que nos resulta la forma y el buen sentido, con nuestras confusiones y nuestro delirio; nos acercamos a él mediante imploraciones que nos dislocan, pues nos resulta próximo cada vez que algo se rompe en nosotros, y de alguna forma también tenemos que liarnos con el caos. ¿Teología sumaria? Si contemplamos esta creación mal despachada, ¿cómo no recriminar a su autor?, ¿cómo, sobre todo, creerlo hábil o simplemente diestro? Cualquier otro dios hubiese dado pruebas de mayor competencia o de equilibrio: por donde se mire, no hay más que error y atolladero. Imposible absolverlo, pero imposible también no comprenderlo. Y lo entendemos por todo lo que en nosotros mismos es fragmentario, inacabado, mal hecho. Su empresa lleva los estigmas de lo provisorio, y,

sin embargo, no fue tiempo lo que le faltó para hacerla bien. Para nuestra desgracia, estuvo inexplicablemente apresurado. Por una legítima ingratitud, y para hacerle sentir nuestro mal humor, nos esmeramos -expertos en anti-Creación- en deteriorar su edificio, en hacer aún más miserable una obra comprometida ya desde sus inicios. Sin duda sería más elegante no meterse con ella, dejarla tal cual, no vengarnos en esa obra de las incapacidades de su Creador; pero como nos transmitió sus defectos, no tenemos por qué tener miramientos con El. Si, en última instancia, lo preferimos a los hombres, de todas maneras no es ajeno a nuestros malos humores. Quizá no hayamos concebido a Dios más que para regenerar y justificar nuestras rebeldías, para darles un objeto digno, para impedir que se extenúen y envilezcan realzándolas en el abuso vigorizante del sacrilegio, réplica a las seducciones y a los argumentos del descorazonamiento. Uno no acaba nunca con Dios. Tratarlo de tú a tú, como enemigo, es una impertinencia que fortifica, que estimula; y son dignos de lástima aquellos a quienes ya no irrita más. Qué suerte, en cambio, poder, desvergonzadamente, hacer recaer sobre El la responsabilidad de todas nuestras miserias, agobiarlo e injurarlo, no perdonarlo en ningún momento, ni siquiera durante nuestras plegarias. Según testimonio de libros sagrados, también El siente rencor, cuyo monopolio no tenemos, pues la soledad, por absoluta que sea, no evita el sentirlo. Que incluso para un dios no sea bueno estar solo quiere decir: creemos el mundo para tener a quien atacar y en quien ejercitar nuestra inspiración y nuestras novatadas. Y cuando el mundo se evapora, quedará, hombre o dios, esta forma sutil de venganza: la venganza contra uno mismo, ocupación absorbente no destructiva puesto que prueba que se está vivo, que uno se adhiere a la vida, justamente a través de la autotortura. El hosanna no entra en nuestros hábitos. Igualmente impuros, aunque de manera distinta, el principio divino y el principio diabólico son fáciles de concebir; los ángeles, por el contrario, se nos escapan. Y si no logramos imaginarlos, si descorazonan nuestra imaginación, es porque, contrariamente a Dios, al diablo y a todos nosotros, sólo ellos -cuando no son exterminadores- se expanden y prosperan sin el aguijón del rencor. Y también -¿hay que agregarlo?- sin el aguijón del halago, del que nosotros animales atareados, no podríamos prescindir. Dependemos, para actuar, de la opinión del prójimo, solicitamos, exigimos su homenaje, y perseguimos sin piedad a aquellos que emiten sobre nosotros un juicio matizado o incluso justo; y si tuviéramos los medios, los obligaríamos a emitir juicios exagerados, ridículos, desproporcionados en relación a nuestras aptitudes y a nuestros logros. El elogio medido nos parece una injusticia, la objetividad un reto, la reserva un insulto, y esperamos que el universo se postre a nuestros pies. Lo que buscamos, lo que solicitamos en la mirada de los demás, es la expresión servil, una admiración no disimulada hacia nuestros gestos y nuestras elucubraciones, la confesión de un ardor sin reservas, el éxtasis ante nuestra nada. Moralista de ocasión, psicólogo y parásito, el adulador conoce nuestra debilidad y la explota desvergonzadamente. Nuestra decadencia es tal que aceptamos sin enrojecer excesos, desbordamientos de admiración falsos y premeditados, pues preferimos las cortesías de la mentira a la requisitoria del silencio. La adulación, mezclada con nuestra fisiología, con nuestras vísceras, afecta nuestras glándulas, se asocia a nuestras secreciones y las estimula, apunta a nuestros sentimientos más innobles, es decir, los más profundos y los más naturales, suscita en nosotros una euforia de mala ley a la cual asistimos aterrados; tan aterrados como cuando contemplamos los efectos de la censura, efectos mucho más marcados puesto que socavan los fundamentos mismos de nuestro ser. Y como nadie atenta contra ellos impunemente, replicamos, ya sea golpeando sin tardanza, ya sea elaborando hiel, lo que equivale a una respuesta madurada. Para no reaccionar sería menester una metamorfosis, un cambio total, no únicamente de nuestras disposiciones sino también de nuestros órganos. Una operación de tal calibre no es inminente, por lo cual nos inclinamos favorablemente ante las mentiras de la adulación y la soberanía del rencor.

Reprimir la necesidad de venganza es querer desentenderse del tiempo, quitar a los acontecimientos la posibilidad de ocurrir, es pretender licenciar al mal, y, con él, a la acción. Pero el acto, avidez de atropello consustancial al ser, es una rabia sobre la que únicamente triunfamos en algunos momentos, en esos en los que, fatigados de atormentar a nuestros enemigos, los abandonamos a su suerte, los dejamos encharcarse y vegetar porque ya no los *amamos* lo suficiente como para encarnizarnos en su destrucción, en disecarlos, en hacerlos objeto de nuestras anatomías nocturnas. Sin embargo, la rabia nos asalta otra vez por poco que se reavive ese gusto por las apariencias, esa pasión por lo irrisorio que nos pega a la existencia. Incluso reducida a su mínima expresión, la vida se nutre de sí misma, tiende hacia el acrecentamiento del ser, quiere aumentarse sin ninguna razón, a través de un mecanismo deshonesto e irreprimible. Una misma sed devora al mosquito y al elefante; se hubiese creído que en el hombre se apagaría; pero vemos que no es así, y que incluso los achacosos la padecen con creciente intensidad. La capacidad de desistir constituye el único criterio del progreso espiritual: no es cuando las cosas nos abandonan, sino cuando nosotros las dejamos, cuando accedemos a la desnudez interior, a ese extremo en el que ya no nos afiliamos ni al mundo ni a nosotros mismos, extremo en el que victoria significa dimitir, renunciar con serenidad, sin pensar y, sobre todo, sin melancolía; pues la melancolía, por discretas y etéreas que sean las apariencias, implica un resentimiento: es una ensoñación cargada de acritud, una envidia disfrazada de languidez, un rencor vaporoso. Mientras nos encontramos sujetos a ella, no renunciamos a nada, nos atascamos en el «yo» sin por ello despegarnos de los demás, en quienes pensamos más, justamente por no haber logrado desprendernos de nosotros mismos. En el momento en que nos prometemos haber vencido la venganza, la sentimos impacientarse como nunca, lista para el ataque. Las ofensas «perdonadas» piden de pronto reparación, invaden nuestras vigiliass y, lo que es más, nuestros sueños; se transforman en pesadillas, se hunden de tal manera en nuestros abismos que terminan por constituir su tejido. Si eso es lo que ocurre, ¿para qué interpretar la farsa de los sentimientos nobles, apostar por una aventura metafísica o dar por descontada la redención? Vengarse, aunque sólo sea en pensamiento, es situarse irremediamente más acá del absoluto. Pues se trata del absoluto. No solamente las injurias «olvidadas» o soportadas en silencio, sino también las que hemos recogido, nos roen, nos hostigan, nos obsesionan hasta el fin de los días, y esa obsesión, que debería desacreditarnos ante nuestros propios ojos, por el contrario, nos halaga y nos torna belicosos. No perdonamos jamás a un ser vivo la menor vejación, una palabra, una mirada teñida de restricción. Y ni siquiera es cierto que se lo perdonemos después de su muerte. La imagen de su cadáver nos tranquiliza sin duda y nos fuerza a la indulgencia; pero en cuanto la imagen se borra y en nuestra memoria se recrudece su figura viva, nuestros viejos rencores resurgen fortalecidas, con todo ese cortejo de vergüenzas y de humillaciones que durarán tanto como nosotros, y cuyo recuerdo sería eterno si la eternidad nos correspondiera.

Puesto que todo nos hiere, ¿por qué no encerrarnos en el escepticismo y tratar de buscar en él un remedio a nuestras heridas? Sería otra suerte de engaño, pues la Duda no es más que un producto de nuestras irritaciones y agravios, y el instrumento que el descuartizado emplea para sufrir. Si demolemos las certezas, no es por escrúpulo teórico o por juego, sino por el furor de verlas desaparecer, por el deseo de que tampoco le pertenezcan a nadie puesto que no las poseemos más. Y la verdad, ¿con qué derecho la poseerían otros? ¿mediante qué injusticia se revelaría a aquellos que valen menos? ¿Penaron por ella?, ¿velaron para merecerla? Mientras que nosotros nos deslomamos en vano por alcanzar la verdad, resulta que otros se pavonean con ella como si les estuviese reservada por un designio de la providencia. La verdad, no obstante, no es su patrimonio, y para impedirles reivindicarla, los persuadimos de que, cuando creen tenerla, se trata en realidad de una ficción. Con el fin de poner al abrigo nuestra conciencia, nos esmeramos en descubrir en ellos ostentación y arrogancia, lo cual nos permite turbarlos sin

remordimientos y, al inocularles nuestro estupor, tornarlos tan vulnerables e infelices como lo somos nosotros mismos. El escepticismo es el sadismo de las almas ulceradas.

Mientras más nos compadecemos de nuestras heridas, más las creemos inseparables de nuestra condición de esclavos. El máximo desapego que podemos pretender es el de mantenernos en una posición equidistante entre la venganza y el perdón, en medio de una hosquedad y una generosidad igualmente blandas y vacías, destinadas a neutralizarse entre sí. Pero no lograremos jamás despojar al viejo hombre de nosotros, aunque tuviésemos que llevar el horror de nosotros mismos hasta renunciar para siempre a ocupar un lugar en la jerarquía de los seres vivos.

Mecanismo de la utopía

En cualquier gran ciudad donde el azar me lleva, me sorprende que no se desaten levantamientos diarios, masacres, una carnicería sin nombre, un desorden de fin de mundo. ¿Cómo, en un espacio tan reducido, pueden coexistir tantos hombres sin destruirse, sin odiarse mortalmente? A decir verdad se odian, pero no están a la altura de su odio. Esta mediocridad, esta impotencia, salva a la sociedad, asegura su duración y su estabilidad. De tiempo en tiempo se produce una sacudida que nuestros instintos aprovechan; después, continuamos mirándonos a los ojos como si nada hubiera ocurrido y cohabitamos sin interdestazarnos demasiado visiblemente. Todo retorna al orden, a la calma de la ferocidad, tan temible, en última instancia, como el caos que la había interrumpido.

Pero todavía me sorprende más que, siendo la sociedad lo que es, algunos se hayan esforzado en concebir otra, diferente. ¿De dónde puede provenir tanta ingenuidad o tanta locura? Si la pregunta es normal y trivial, la curiosidad, por el contrario, que me lleva a hacerla le impide ser maligna.

En busca de nuevas pruebas, y en el preciso instante en que estaba a punto de desesperarme, se me ocurrió meterme en la literatura utópica, consultar sus «obras maestras», impregnarme de ellas, revolcarme en ellas. Para mi gran satisfacción encontré con qué colmar mi deseo de penitencia, mi apetito de mortificación. Pasar algunos meses haciendo el censo de los sueños de un futuro mejor, de una sociedad «ideal», consumiendo lo ilegible, ¡qué ganga! Me apresuro a agregar que esta literatura repugnante es rica en enseñanzas y que, frecuentándola, no se pierde del todo el tiempo. Desde el principio se distingue el papel (fecundo o funesto, no importa) que desempeña, en el origen de los acontecimientos, no la felicidad, sino la *idea* de felicidad, idea que explica por qué, ya que la edad de hierro es coextensiva de la historia, cada época se dedica a divagar sobre la edad de oro. Si se pusiera fin a tales divagaciones, sobrevendría un estancamiento total. Sólo actuamos bajo la fascinación de lo imposible: esto significa que una sociedad incapaz de dar a luz una utopía y de abocarse a ella, está amenazada de esclerosis y de ruina. La sensatez, a la que nada fascina, recomienda la felicidad *dada*, existente; el hombre la rechaza, y ese mero rechazo hace de él un animal histórico, es decir, un aficionado a la felicidad *imaginada*.

«Pronto será el fin de todo; y habrá un nuevo cielo y una nueva tierra», leemos en el libro del *Apocalipsis*. Si eliminamos el cielo y conservamos sólo la «nueva tierra», tendremos el secreto y la fórmula de los sistemas utópicos; para mayor precisión quizá habría que sustituir «ciudad» por «tierra»; pero eso no es más que un detalle; lo que cuenta es la perspectiva de un nuevo acontecimiento, la fiebre de una espera esencial, parusía degradada, modernizada, de la cual surgen esos sistemas tan queridos por los desheredados. Efectivamente, la miseria es la gran auxiliar del utopista, la materia sobre la cual trabaja, la sustancia con que nutre sus pensamientos, la providencia de sus obsesiones. Sin ella estaría desocupado, pero ella lo ocupa, lo atrae o le molesta, según sea rico o pobre; por otra parte, ella no puede prescindir de él, tiene necesidad de ese teórico, de ese ferviente de futuro, sobre todo porque ella misma, meditación

interminable sobre la posibilidad de escapar de su propio presente, no soportaría su desolación sin la obsesión de *otra tierra*. ¿Lo dudan ustedes? Es porque no han degustado la indigencia absoluta. Si se consigue, se ve que mientras más desprovisto está uno, más gasta el tiempo y la energía en querer, con el pensamiento, reformarlo todo, inútilmente. Y no pienso únicamente en las instituciones, creación del hombre (a éstas se las condenará sin apelación), sino en los objetos, en todos los objetos por insignificantes que sean. Al no poder aceptarlos tal cual son, se les querrá imponer las propias leyes y los propios caprichos, se querrá desempeñar a sus expensas el papel de legislador o de tirano, y aun se querrá intervenir en la vida de los elementos para modificar su fisonomía y su estructura. El aire es irritante: ¡que cambie! Y también la piedra. Y el vegetal, y el hombre. Más allá de las bases del ser, se querrá descender hasta el fundamento del caos para apoderarse de él y establecerse ahí. Cuando no se tiene un céntimo en la bolsa, uno se agita, se extravía y sueña con poseerlo todo, y ese todo, mientras dura el frenesí, se posee en efecto: uno iguala a Dios, pero nadie, ni siquiera él, se da cuenta, ni siquiera uno mismo. El delirio de los indigentes es generador de acontecimientos, fuente de historia: una turba de enfebrecidos que quieren otro mundo, aquí abajo y para pronto. Son ellos los que inspiran las utopías, es a causa de ellos que se escriben. Pero recordemos que utopía significa *ninguna parte*.

¿Y de dónde serían esas ciudades que el mal no toca, donde se bendice el trabajo y nadie teme a la muerte? En ellas nos vemos constreñidos a una felicidad hecha de idilios geométricos, de éxtasis reglamentados, de mil maravillas atosigantes: así se presenta necesariamente el espectáculo de un mundo *perfecto*, de un mundo fabricado. Con una minuciosidad risible nos describe Campanella a los solares exentos de «gota, reumatismo, catarros, ciática, cólicos, hidropesía, flatulencias...». Todo abunda en la *Ciudad del Sol* «porque cada cual se esmera en distinguirse en lo que hace. El jefe que preside cada cosa es llamado rey... Mujeres y hombres, divididos en grupos, se entregan al trabajo sin infringir jamás las órdenes de sus reyes, y sin mostrarse nunca fatigados como lo haríamos nosotros. Consideran a sus jefes como a padres o a hermanos mayores». Boberías similares se encuentran en todas las obras del género, sobre todo en las de Cabot, Fourier o Morris, desprovistos de esa pizca de aspereza, tan necesaria en las obras, literarias u otras.

Para concebir una *verdadera* utopía, para esbozar, con convicción, el panorama de la sociedad ideal, hace falta una cierta dosis de ingenuidad, hasta de tontería, que, demasiado aparente, termina por exasperar al lector. Las únicas utopías legibles son las falsas, las que, escritas por juego, diversión o misantropía, prefiguran o evocan los *Viajes de Gulliver*, biblia del hombre desengañado, quintaesencia de visiones no quiméricas, utopía *sin esperanza*. Merced a sus sarcasmos, Swift desestupidizó un género hasta casi anularlo.

¿Es más fácil confeccionar una utopía que un apocalipsis? Una y otro tienen sus principios y sus tópicos. La primera, cuyos lugares comunes están más de acuerdo con nuestros instintos profundos, ha dado lugar a una literatura mucho más abundante que el segundo. No a todo el mundo le es dado calcular una catástrofe cósmica ni amar el lenguaje y la manera como se le anuncia y proclama. Pero aquel que admite la idea y la aplaude, leerá en los Evangelios, con el arrebatado del vicio, los giros y frases hechas que se hicieron famosos en Patmos: «se oscurecerá el cielo, la luna no dará su luz, los astros caerán... todas las tribus de la tierra se lamentarán... no terminará esta generación y todas estas cosas ocurrirán». Este presentimiento de lo insólito, de un acontecimiento capital, esta espera crucial, puede transformarse en ilusión, y entonces aparecerá la esperanza de un paraíso sobre la tierra, o en otra parte; o se transformará en ansiedad, y será la visión de un Peor ideal, de un cataclismo voluptuosamente temido.

«...y de su boca sale una espada aguda para golpear a las naciones.» Convencionalismos del horror, fórmulas sin duda. San Juan cayó en ellos desde el momento en que optó por ese espléndido galimatías, desfile de hundimientos preferible finalmente, a las

descripciones de islas y de ciudades donde una felicidad impersonal sofoca y la «armonía universal» aprisiona y tritura. Los sueños de la utopía se han realizado en su mayor parte, pero con un espíritu muy distinto a como fueron concebidos; lo que para la utopía era perfección, para nosotros resultó tara; sus quimeras son nuestras desgracias. El tipo de sociedad que la utopía imagina con tono lírico, nos parece intolerable. Júzguese si no en esta muestra del *Viaje a Icaria*: «Dos mil quinientas jóvenes mujeres (modistas) trabajan en un taller, unas sentadas, otras de pie, casi todas encantadoras... La costumbre que tiene cada obrera de hacer la misma cosa duplica la rapidez del trabajo, a la que se suma la perfección. Los más elegantes tocados nacen por miles cada mañana de entre las manos de sus bellas creadoras...». Tan enormes elucubraciones denotan debilidad mental o mal gusto. Y sin embargo Cabot, materialmente hablando, vio bien, sólo que se equivocó en lo esencial. Sin ninguna noción del intervalo que separa *ser* y *producir* (no existimos, en el pleno sentido de la palabra, sino fuera de lo que hacemos, más allá de nuestros actos), no podía descubrir la fatalidad que conlleva cualquier forma de trabajo: artesanal, industrial u otro. Lo que más impresiona en los escritos utópicos es la ausencia de olfato, de instinto psicológico: los personajes son autómatas, ficciones o símbolos, ninguno es verdadero, ninguno sobrepasa su condición de fanteche, de idea perdida en medio de un universo sin referencias. Incluso los niños son irreconocibles. En el «estado societario» de Fourier, son tan puros que hasta ignoran la tentación de robar, de «tomar una manzana de un árbol». Y un niño que no roba no es un niño. ¿Qué sentido tiene formar una sociedad de marionetas? Recomiendo la descripción del Falansterio como el más eficaz de los vomitivos.

Situado en las antípodas de La Rochefoucauld, los inventores de utopías son moralistas que sólo perciben en nosotros desinterés, apetito de sacrificio, olvido de sí. Exangües, perfectos y nulos, azotados por el Bien, desprovistos de pecados y de vicios, sin espesor ni contorno, sin iniciación a la existencia, al arte de avergonzarse de sí mismos, de variar sus vergüenzas y sus suplicios, no sospechan siquiera el placer que nos inspira el abatimiento de nuestros semejantes, la impaciencia con la que anticipamos y seguimos su caída. Esta impaciencia y este placer pueden, a veces, provenir de una curiosidad y no comportar nada de diabólico. Mientras un ser asciende, prospera, avanza, no se sabe quién es, pues su ascensión lo aleja de sí mismo, le quita realidad, y entonces él no es. De igual manera, no se conoce uno a sí mismo más que a partir del momento en que empieza a decaer, cuando el éxito, al nivel de los intereses humanos, se revela imposible: derrota clarividente gracias a la cual tomamos posesión de nuestro propio ser y nos desolidarizamos del entumecimiento universal. Para aprehender mejor la propia derrota, o la del prójimo, hay que pasar por el mal, y, si es necesario, hundirse en él: ¿y cómo conseguirlo en esas ciudades y en esas islas de donde el mal se encuentra excluido por principio y por razón de Estado? Ahí las tinieblas están prohibidas, sólo la luz es admitida. Ninguna huella de dualismo: la utopía es por esencia antimaniquea. Hostil a la anomalía, a lo deforme, a lo irregular, tiende al afianzamiento de lo homogéneo, de lo típico, de la repetición y de la ortodoxia. Pero la vida es ruptura, herejía, abolición de las normas de la materia. Y el hombre, en relación a la vida, es herejía en segundo grado, victoria de lo individual, del capricho, aparición aberrante, animal cismático que la sociedad -suma de monstruos adormecidos- pretende enderezar por el *camino recto*. Herético por excelencia, una vez despierto el monstruo, soledad encarnada, infracción al orden universal, éste se complace en su excepcionalidad, se aísla en sus privilegios onerosos, y es siendo *duración* como paga lo que gana sobre sus «semejantes»: mientras más se distinga de ellos, más frágil y peligroso será, pues es a costa de su longevidad como perturba la paz de los demás y como se crea, en el seno de la ciudad, un estatuto de indeseable.

«Nuestras esperanzas acerca del estado futuro de la especie humana pueden reducirse a tres puntos importantes: la abolición de la desigualdad entre las naciones, el progreso de

la igualdad en un mismo pueblo y, finalmente, el perfeccionamiento del hombre» (Condorcet).

Apegada a la descripción de ciudades *reales*, la historia, que se la mire por donde se la mire corrobora el fracaso, y no el cumplimiento, de nuestras esperanzas, no ratifica ninguna de esas previsiones. Para un Tácito no existe una Roma *ideal*.

Al abolir lo irracional y lo irreparable, la utopía se opone también a la tragedia, paroxismo y quintaesencia de la historia. Cualquier conflicto desaparecería en una ciudad perfecta; las voluntades serían estranguladas, apaciguadas y milagrosamente convergentes; reinaría únicamente la unidad, sin el ingrediente del azar o de la contradicción. La utopía es una mezcla de racionalismo pueril y de angelidad secularizada.

Estamos ahogados en el mal. No es que todos nuestros actos sean malos, pero cuando cometemos algunos *buenos* sufrimos por haber contrarrestado nuestros movimientos espontáneos: la práctica de la virtud se reduce a un ejercicio de penitencia, al aprendizaje de la maceración. Satán, ángel caído transformado en demiurgo, comisionado a la Creación, se levanta contra Dios y se rebela aquí abajo más a gusto y con más poder que El; lejos de ser un usurpador, es nuestro maestro, soberano legítimo que estaría por encima del Altísimo si el universo estuviese reducido al hombre. Tengamos, pues, el valor de reconocer de quién dependemos.

Cerrado desde hacía cinco mil años, el Paraíso se abrió de nuevo, según San Juan Crisóstomo, cuando Cristo expiraba; el ladrón pudo penetrar, seguido por Adán, repatriado por fin, y de un número restringido de justos que vegetaban en los infiernos esperando «la hora de la redención».

Todo hace creer que se encuentra otra vez bajo llave, y que así permanecerá por mucho tiempo. Nadie puede forzar la entrada: los privilegiados que ahí gozan, han levantado barricadas, a partir de un sistema cuyas maravillas pudieron observar en la tierra. Ese paraíso tiene toda la apariencia de ser verdadero: en lo más profundo de nuestras depresiones soñamos con él y en él querríamos disolvernó. Un impulso súbito nos empuja y nos hunde ahí: ¿queremos recobrar en un instante lo que perdimos desde siempre y reparar de pronto el error de haber nacido? Nada desvela mejor el sentido metafísico de la nostalgia como su imposibilidad para coincidir con algún momento del tiempo; por eso busca consuelo en un pasado lejano, inmemorial, refractario a los siglos y anterior al devenir. El mal que esa nostalgia padece -efecto de una ruptura que se remonta a los inicios- le impide proyectar la edad de oro en el porvenir; la que naturalmente concibe es la antigua, la primordial; aspira a esa edad, no tanto para deleitarse en ella como para desaparecer, para depositar ahí el peso de la conciencia. Si retorna a las fuentes de los tiempos es para encontrar el verdadero paraíso, objeto de sus añoranzas. Por el contrario, la nostalgia de donde procede el paraíso de aquí abajo, estará justamente desprovista de la dimensión de la añoranza: nostalgia vuelta al revés, falseada y viciada, tendida hacia el futuro, obnubilada por el «progreso», réplica temporal, metamorfosis gesticulante del paraíso original. ¿Contagio? ¿Automatismo? Esta metamorfosis ha terminado por llevarse a cabo en cada uno de nosotros. Por gusto o por fuerza apostamos al futuro, hacemos de él una panacea, y, al asimilarlo al surgimiento de *otro* tiempo en el interior del tiempo mismo, lo consideramos como una duración inagotable y no obstante terminada, como una *historia intemporal*. Contradicción en los términos, inherente a la esperanza de un nuevo reino, de una victoria de lo insoluble en el seno del devenir. Nuestros sueños de un mundo mejor se fundan en una imposibilidad teórica. ¿Qué hay de sorprendente, pues, si para justificarlos tenemos que recurrir a *paradojas sólidas*?

Mientras el cristianismo colmaba los espíritus, la utopía no podía seducirlos, pero en cuanto empezó a decepcionarlos buscó conquistarlos e instalarse en su lugar. Ya era ésa su intención en el Renacimiento, pero sólo iba a conseguirlo dos siglos más tarde, en una época de supersticiones «esclarecidas». Así nació el Porvenir, visión de una felicidad

irrevocable, de un paraíso dirigido en el que no cabe el azar y la menor fantasía aparece como una herejía o una provocación. Hacer su descripción sería entrar en los detalles de lo inimaginable. La idea misma de una ciudad ideal es un sufrimiento para la razón, una empresa que honra al corazón y desacredita al intelecto. (¿Cómo pudo un Platón prestarse a ella? Me olvidaba que es el ancestro de todas esas aberraciones, retomadas y agravadas por Tomás Moro, el *fundador* de las ilusiones modernas.) Estructurar una sociedad en la que, según una etiqueta aterradora, nuestros actos están catalogados y reglamentados, en la que, a causa de una caridad llevada hasta la indecencia, se preocupan por nuestros más íntimos pensamientos, es transportar las congojas del infierno a la edad de oro, o crear, con la ayuda del diablo, una institución filantrópica. Solares, utópicos, armónicos: sus horribles nombres se parecen a su destino, pesadilla que también nos está reservada, puesto que nosotros mismos la hemos convertido en ideal.

De tanto pregonar las ventajas del trabajo, las utopías deberían tomar la contrapartida del *Génesis*. Particularmente en este punto, son la expresión de una humanidad tragada por el trabajo, orgullosa en su complacencia de las consecuencias de la caída, de las cuales la más grave es la obsesión del rendimiento. Llevamos con orgullo y ostentación los estigmas de una raza que adora «el sudor de la frente» y que hace de él un signo de nobleza, que se agita y sufre *gozando*; de ahí el horror que nos inspira, a nosotros los réprobos, el elegido que se niega a trabajar o a sobresalir en lo que sea. Sólo aquel que conserva el recuerdo de una felicidad inmemorial puede reprochar al elegido ese rechazo. Desorientado en medio de sus semejantes, es como ellos; y, sin embargo, no puede comunicarse con ellos; por donde mire, no se siente *de aquí*; todo le parece usurpación: incluso el hecho de llevar un nombre... Sus empresas fracasan, se embarca en ellas sin convicción: simulacros de los que lo aleja la imagen *precisa* de otro mundo. Una vez que el hombre se eliminó del paraíso, para no sufrir ni pensar más en él, obtuvo como compensación la facultad de querer, de tender hacia el acto, de abismarse en él con entusiasmo, con brío. Pero el abúlico, en su desapego, en su marasmo sobrenatural, para qué se esfuerza, para qué se entrega a objetivo alguno? Nada lo impulsa a salir de su ausencia. Y no obstante, tampoco él escapa enteramente a la maldición común: se *agota* en una nostalgia y gasta en ella más energía que la que nosotros ponemos en nuestras aventuras.

Cuando Cristo aseguró que «el reino de Dios» no era ni de «aquí» ni de «allá», sino de dentro de nosotros, condenaba por adelantado las construcciones utópicas para las cuales todo «reino» es necesariamente *exterior*, sin relación ninguna con nuestro yo profundo o nuestra salvación individual. Mientras más nos hayan marcado las utopías, más esperaremos nuestra salvación de fuera, del curso de las cosas o del de las colectividades. Así se configuró el Sentido de la historia cuya moda iba a suplantar a la del Progreso, sin agregarle nada nuevo. Había no obstante que hacer a un lado, no un concepto, sino una de sus traducciones verbales de las que se ha abusado. No nos renovaríamos en materia ideológica si no recurriéramos a los sinónimos.

Por diversos que sean sus disfraces, la idea de perfectibilidad ha penetrado en nuestras costumbres: se adhiere a ella inclusive quien la pone en duda. Nadie quiere aceptar que la historia se desenvuelve *sin más*, independientemente de una dirección determinada, de un objetivo. «Finalidad tiene, hacia ella va, virtualmente ya la ha logrado», proclaman nuestros deseos y nuestras doctrinas. Mientras más cargada de promesas inmediatas esté una idea, más oportunidades tiene de triunfar. Ineptos para encontrar el «reino de Dios» en sí mismos, o, mejor dicho, demasiado astutos como para buscarlo ahí, los cristianos lo situaron en el devenir: pervirtieron una enseñanza con el fin de asegurar su éxito. Por otra parte, Cristo mismo mantuvo el equívoco; por un lado, y respondiendo a las insinuaciones de los fariseos, preconizaba un reino interior fuera del tiempo; por el otro, señalaba a sus discípulos que, estando cerca la salvación, ellos y la «generación presente» asistirían a la consumación de todas las cosas. Como comprendió que los

humanos aceptan el martirio por una quimera, mas no por una verdad, llegó a un acuerdo con sus debilidades. Si hubiese actuado de otro modo su obra se hubiera visto comprometida. Pero lo que en Cristo era concesión o táctica, en los utopistas es postulado o pasión.

Un gran paso adelante fue dado el día en que los hombres comprendieron que, para mejor poder atormentarse unos a otros, necesitaban reunirse, organizarse en sociedad. Si creemos a las utopías, sólo lo han conseguido a medias; por eso ellas se proponen ayudarlos, ofrecerles un marco apropiado al ejercicio de una felicidad completa, exigiendo, a cambio, que renuncien a su libertad, o, si la conservan, que la utilicen únicamente para clamar su alegría en medio de los sufrimientos que se infligen a placer. Tal parece ser el destino de la solicitud infernal que las lleva hacia los hombres. En esas condiciones, cómo no imaginar una utopía a la inversa, una liquidación del ínfimo bien y del mal inmenso que atañen a la existencia de cualquier orden social? ¿Cómo poner término a un tan vasto conjunto de anomalías? Se necesitaría algo comparable al *disolvente universal* que los alquimistas buscaban y cuya eficacia se apreciara, no ya en los metales, sino sobre las instituciones. A la espera de que sea encontrada la fórmula, notemos de paso que la alquimia y la utopía, en sus partes positivas, se tocan al perseguir, en dominios heterogéneos, un sueño de transmutación parecido, si no idéntico: una, apegándose a lo irreductible en la naturaleza; la otra, a lo irreductible en la historia. El elixir de la vida y la ciudad ideal proceden de un mismo vicio del espíritu, o de una misma esperanza.

Al igual que una nación tiene necesidad de una idea insensata para que la guíe y le proponga fines inconmensurables en relación a sus capacidades reales, con el fin de distinguirse de las demás naciones y humillarlas y aplastarlas, o simplemente para adquirir una fisonomía única, de la misma manera una sociedad no evoluciona y no se afirma a menos que se le sugieran o inculquen ideales desproporcionados en relación a lo que es. La utopía llena en la vida de las colectividades la función asignada a la idea de misión en la vida de los pueblos. De las visiones mesiánicas o utópicas, las ideologías son el subproducto y algo así como su expresión vulgar.

En sí misma una ideología no es ni buena ni mala. Todo depende del momento en que se la adopta. El comunismo, por ejemplo, actúa sobre una nación viril como un estimulante; la impulsa hacia adelante y favorece su expansión; en una nación tambaleante, su influencia podría ser menos feliz. Ni verdadero ni falso, precipita procesos, y no es por su causa, sino a través suyo, como Rusia adquirió su vigor presente. ¿Será su papel el mismo una vez instalado en el resto de Europa? ¿Será un principio de renovación? Nos gustaría creerlo; en todo caso, la pregunta sólo conlleva una respuesta indirecta, arbitraria, inspirada en analogías de orden histórico. Piénsese en los efectos del cristianismo en sus inicios: constituyó un golpe fatal para la antigua sociedad, la paralizó y la extinguió; por el contrario, fue una bendición para los bárbaros, cuyos instintos se exasperaron a su contacto. Lejos de regenerar un mundo decrepito, sólo regeneró a los regenerados. De la misma manera, el comunismo constituirá, *en lo inmediato*, la salvación de aquellos que ya están salvados; no podrá traer una esperanza concreta a los moribundos, y mucho menos reanimar cadáveres.

Después de haber denunciado los ridículos de la utopía, hablemos de sus méritos; y puesto que los hombres se las arreglan tan bien con el estado social sin distinguir apenas su mal inminente, hagamos como ellos, asociémonos a su inconsciencia.

Lo más loable en las utopías es el haber denunciado los daños que causa la propiedad, el horror que representa, las calamidades que provoca. Pequeño o grande, el propietario está mancillado, corrompido en su esencia: su corrupción recae sobre el menor objeto que toca o del que se apropia. Si se amenaza su fortuna, si se le despoja de ella, se verá obligado a una toma de conciencia de la que normalmente es incapaz. Para retomar una apariencia humana, para recuperar su «alma», es necesario que el propietario se vea arruinado y que consienta en su ruina. La revolución le ayudará. Al devolverlo a su

desnudez primitiva, lo anula en lo inmediato y lo salva en lo absoluto, pues la salvación libera -interiormente, se entiende- a aquellos a quienes primero golpeó: se posesiona de ellos; los restituye como clase al darles su antigua dimensión y los devuelve a los valores que traicionaron. Pero incluso antes de tener el medio o la ocasión de golpearlos, la revolución mantiene en ellos un miedo saludable: perturba su sueño, alimenta sus pesadillas, y la pesadilla es el principio del despertar metafísico. Es, pues, en forma de agente de destrucción como revela su utilidad; aunque fuese nefasta, una cosa la redimirá siempre: sólo ella sabe qué clase de terror utilizar para sacudir a ese mundo de propietarios, el más atroz de los mundos posibles. Cualquier forma de posesión, y no temamos insistir en ello, degrada, envilece, halaga al monstruo adormecido que dormita en el fondo de cada uno de nosotros. Disponer aunque no fuese más que de una escoba, contar con cualquier cosa como bien propio, es participar en la indignidad general. ¡Qué orgullo descubrir que nada nos pertenece, qué revelación! Uno se consideraba el último de los hombres, y he aquí que, de pronto, sorprendido y como iluminado por la desposesión, ya no sufre, por el contrario, ella se convierte en un motivo de suficiencia. Y todo lo que se desea es estar tan desposeído como lo está un santo o un alienado.

Cuando se encuentra uno harto de los valores tradicionales, uno se orienta necesariamente hacia la ideología que los niega. Y seduce más por su fuerza de negación que por sus fórmulas positivas. Desear el trastrocamiento del orden social supone atravesar una crisis marcada más o menos por temas comunistas. Esto es tan cierto hoy como lo fue ayer y como lo será mañana. Todo sucede como si, después del Renacimiento, los espíritus hubiesen sido atraídos, en la superficie, por el liberalismo, y, en profundidad, por el comunismo, que, lejos de ser un producto circunstancial, un accidente histórico, es el heredero de los sistemas utópicos y el beneficiario de un largo trabajo subterráneo; primero capricho o cisma, adquiriría más tarde el carácter de un destino y de una ortodoxia. Hoy en día, las conciencias sólo pueden ejercitarse en dos formas de rebelión: comunista y anticomunista. Sin embargo, ¿cómo no percibir que el anticomunismo equivale a una fe rabiosa, horrorizada ante el porvenir del comunismo?

Cuando suena la hora de una ideología, todo ayuda a su éxito, sus enemigos inclusive; ni la polémica ni la policía podrán detener su expansión o retardar su triunfo; la ideología puede, y quiere, encarnarse; pero mientras mejor lo consiga, más se vaciará de su contenido ideal, extenuará sus recursos para, finalmente, al comprometer las promesas de salvación a su disposición, degenerar en hablaturía o en espantapájaros.

La carrera reservada al comunismo depende de la rapidez con que gaste sus reservas de utopía. Mientras las posea, atraerá inevitablemente a todas las sociedades que no la hayan aún experimentado; retrocediendo aquí, avanzando allá, investido con virtudes que ninguna otra ideología contiene, el comunismo le dará la vuelta al mundo sustituyendo a las religiones difuntas o tambaleantes, y proponiendo por todas partes a las masas modernas un absoluto digno de su vacío.

Considerado en sí mismo, el comunismo aparece como la única realidad factible de adhesión por mínima que sea la ilusión que se tenga sobre el porvenir: he aquí por qué, en diversos grados, todos somos comunistas... ¿Pero no es acaso una especulación estéril juzgar una doctrina fuera de las anomalías inherentes a su realización práctica? El hombre contará siempre con el advenimiento de la justicia; para que triunfe renunciará a la libertad, que después añorará. Haga lo que haga, el callejón sin salida acecha sus actos y sus pensamientos, como si ése fuera, no su término, sino el punto de partida, la condición y la clave. No hay forma social nueva que esté en situación de salvaguardar las ventajas de la antigua: una suma más o menos igual de inconvenientes se encuentra en todos los tipos de sociedad. Equilibrio maldito, estancamiento sin remedio que padecen por igual los individuos y las colectividades. Las teorías no pueden hacer nada, pues el fondo de la historia es impermeable a las doctrinas que marcan su apariencia. La era cristiana fue algo muy diferente al cristianismo; la era comunista, a su vez, no sabría

evocar al comunismo en tanto tal. No existe acontecimiento naturalmente cristiano ni naturalmente comunista.

Si la utopía era la ilusión hipostasiada, el comunismo, que va más lejos aún, será la ilusión decretada, impuesta: un reto a la omnipresencia del mal, un optimismo *obligatorio*. Se acomodará difícilmente en él quien, a fuerza de experiencias y de tentativas, vive en la ebriedad de la decepción, y quien, siguiendo el ejemplo del redactor del *Génesis*, se niega a asociar la edad de oro al futuro. Y no es que desprecie a los maniáticos del «progreso indefinido» y sus esfuerzos por hacer triunfar aquí abajo la justicia; pero aquél sabe, para su desgracia, que la justicia es una imposibilidad material, un grandioso sinsentido, de cuyo único ideal es posible afirmar con certeza que no se realizará jamás, y contra el cual la naturaleza y la sociedad parecen haber movilizad todas sus leyes.

Estos desacuerdos, estos conflictos, no pertenecen únicamente a un solitario. Con mayor o menor intensidad, también nosotros los sentimos: ¿acaso no deseamos la destrucción de esta sociedad conociendo, a la vez, los desengaños que nos reserva aquella que la reemplazará? Aunque fuese inútil una transformación total, una revolución *sin fe* es todo lo que todavía se puede esperar de una época en la que nadie tiene suficiente candor para ser un verdadero revolucionario. Cuando, presa del frenesí del intelecto, uno se entrega al del caos, se reacciona como un loco en posesión de sus facultades, loco superior a su locura; o como un dios que, en un acceso de rabia lúcida, se complaciera en pulverizar su obra y su ser.

Nuestros sueños de futuro son en adelante inseparables de nuestros temores. La literatura utópica, en sus inicios, se rebelaba contra la Edad Media, contra la alta estima que tenía al infierno, y contra el gusto que profesaba por las visiones de fin de mundo. Se diría que los sistemas tan tranquilizadores de Campanella y de Moro fueron concebidos con la sola finalidad de desacreditar a santa Hildegarda. Hoy en día, reconciliados con lo terrible, asistimos a una contaminación de la utopía por el apocalipsis: la «nueva tierra» que se nos anuncia afecta cada vez más la figura de un nuevo infierno. Pero a este infierno lo esperamos, nos obligamos incluso a precipitar su llegada. Los dos géneros, el utópico y el apocalíptico, que nos parecen tan disímiles, se interpenetran, uno influye en el otro para formar un tercero maravillosamente apto para reflejar la clase de realidad que nos amenaza y a la que, no obstante, diremos sí, un sí correcto y sin ilusión. Será nuestra manera de ser *irreprochables* ante la fatalidad.

La edad de oro

1

«Los humanos vivían entonces como los dioses, libre el corazón de preocupaciones, lejos del trabajo y del dolor. La triste vejez no venía a visitarlos, y, conservando toda su vida el vigor de sus pies y sus manos, gustaban la alegría en los festines al abrigo de todos los males. Morían dormidos, vencidos por el sueño. Todos los bienes les pertenecían. El campo fértil les ofrecía por sí mismo una abundante alimentación que consumían a placer...» (Hesiodo: *Los trabajos y los días*).

Este retrato de la edad de oro se parece al del Edén bíblico. Uno y otro son perfectamente convencionales: la irrealidad no sabría ser dramática. Al menos tienen el mérito de definir la imagen de un mundo estático en el que la identidad no deja de contemplarse a sí misma, donde reina el eterno presente, tiempo común a todas las visiones paradisíacas, tiempo forjado por oposición a la idea misma de tiempo. Para concebirlo y aspirar a él, hay que detestar el devenir, resentir su peso y su calamidad, desear a cualquier precio sustraerse a él. Una voluntad baldada sólo es capaz de este único deseo, ávida de descansar y de disolverse. Si nos hubiésemos adherido sin reservas al eterno presente, la historia no hubiera tenido lugar, o, en todo caso, no hubiese sido

sinónimo de carga o de suplicio. Cuando pesa demasiado sobre nosotros y nos agobia, una cobardía sin nombre se apodera de nuestro ser: la perspectiva de debatirnos aún por siglos adquiere proporciones de pesadilla. Las facilidades de la edad mitológica nos atraen entonces hasta el sufrimiento, o, si hemos leído el *Génesis*, las divagaciones de la añoranza nos trasplantan a la bienaventurada estupidez del primer jardín, mientras que nuestro espíritu evoca a los ángeles e intenta penetrar su secreto. Mientras más los pensamos más surgen de nuestra lasitud, no sin provecho para nosotros: ¿acaso no nos permiten apreciar el grado de nuestra no-pertenencia al mundo, de nuestra incapacidad para insertarnos en él? Por muy impalpables, por muy irreales que los ángeles sean, san, no obstante, menos que nosotros que los pensamos e invocamos, sombras o conatos de sombras, carne desecada, soplo aniquilado. Y con todas nuestras miserias, fantasmas oprimidos, pensamos en ellos y les imploramos. Nada de terrible hay en su naturaleza según pretende cierta elegía; no, lo temible es no poder llegar a entendernos más que con ellos, o, cuando los creemos a mil leguas de nosotros, verlos emerger de pronto del crepúsculo de nuestra sangre.

2

Prometeo se encargó de revelarnos las «fuentes de la vida» que los dioses, según Hesiodo, nos ocultaron. Responsable de todas nuestras desgracias, no fue consciente de ello, aunque se jactara de ser muy lúcido. Las palabras que le presta Esquilo están punto por punto en la antípoda de lo que leemos en *Los trabajos y los días*: «Antaño los hombres veían, pero veían mal, escuchaban pero no entendían... Actuaban, pero siempre sin reflexión». Se ve el tono, no hace falta citar más. Lo que les reprochaba en suma era el estar sumergidos en el idilio primordial y someterse a las leyes de su naturaleza, no contaminada por la conciencia. Al despertarlos al espíritu, al separarlos de esas «fuentes» de las que antes gozaban sin buscar sondear sus profundidades o su sentido, Prometeo no les otorgó la felicidad, sino la maldición y los tormentos del titanismo. No necesitaban de la conciencia; él vino a dársela, a arrinconarlos contra ella y a suscitar en ellos un drama que se prolonga en cada uno de nosotros y sólo concluirá con la especie. Mientras más avanzan los tiempos, más nos acapara la conciencia, nos domina y nos arranca a la vida; queremos aferrarnos a ella de nuevo y al no conseguirlo, le echamos la culpa a la una y a la otra, luego sopesamos su significación y sus ideas fundamentales para después, exasperados, terminar por culparnos a nosotros mismos. Eso no lo había previsto ese filántropo funesto que no tiene más excusa que la ilusión, tentador a pesar suyo, serpiente imprudente e indiscreta. Los hombres *escuchaban*, ¿qué necesidad tenían de *comprender*? El los obligó a ello al entregarlos al devenir, a la historia; en otrosnt ioo(9)Tj□1 □

devorados, tienen su roca y su águila. Y el odio que les tienen es virulento porque en él se odian a sí mismos.

3

El paso a la edad de plata, luego a la de bronce y a la de hierro, marca el progreso de nuestro alejamiento de ese eterno presente cuyo simulacro ya sólo concebimos y con el que hemos dejado de tener una frontera común: ese presente pertenece a otro universo, se nos escapa, y somos tan indiferentes a él que ni siquiera alcanzamos a sospechar su naturaleza. No hay forma de apropiárnoslo: ¿realmente lo poseíamos antaño?, ¿y cómo retornar a él si nada nos restituye su imagen? Estamos para siempre frustrados, y si alguna vez nos aproximamos a él, el mérito corresponde a esos extremos de la saciedad y de la atonía en los que solo es una caricatura de sí mismo, parodia de incambiabilidad, devenir postrado, fijo en una avaricia intemporal, encorvado sobre un instante estéril, sobre un tesoro que lo empobrece, devenir espectral, desprovisto y no obstante colmado, puesto que se encuentra lleno de vacío. Los seres para quienes el éxtasis está prohibido no tienen apertura hacia sus orígenes sino a cambio de la extinción de su vitalidad, de la ausencia de todo atributo, de la sensación de infinidad hueca, de abismo despreciado, de espacio en plena inflación y de duración suplicante y nula.

Hay una eternidad verdadera, positiva, que se extiende más allá del tiempo; hay otra, negativa, falsa, que se sitúa más acá: es aquella en la que nos empobrecemos, lejos de la salvación, fuera del alcance de un redentor, y que nos libera de todo privándonos de todo. Destituido el universo, nos desgastamos en el espectáculo de nuestras propias apariencias. ¿Acaso se ha atrofiado el órgano que nos permitía percibir el fondo de nuestro ser?, ¿estamos para siempre reducidos a nuestras semejanzas? Aunque se enumeraran todos los males que padecen la carne y el espíritu, nada serían en comparación con el mal que proviene de la incapacidad para hacernos acordar con el eterno presente, o para robarle aunque sea sólo una parcela, y gozarla.

Caídos sin remedio en la eternidad negativa, en ese tiempo desperdigado que sólo se afirma por anulación, esencia reducida a una serie de destrucciones, suma de ambigüedades, plenitud cuyo principio reside en la nada, vivimos y morimos en cada uno de sus instantes sin saber *cuándo* existe, pues la verdad no existe jamás. A pesar de su precariedad, estamos tan apegados a ese tiempo que, para apartarnos de él, tendríamos que trastornar algo más que nuestros hábitos: tendría que ocurrir una lesión en el espíritu y una resquebrajadura en el yo, a través de las cuales pudiésemos entrever lo indestructible y acceder a ello, gracia otorgada únicamente a algunos réprobos como recompensa al hecho de haber consentido su propia ruina. El resto, la casi totalidad de los mortales, a pesar de confesarse incapaces de un sacrificio semejante, no renuncian a la búsqueda de otro tiempo; se encarnizan en esa búsqueda, pero buscando situar ese tiempo aquí abajo, según las recomendaciones de la utopía, que intenta conciliar el eterno presente y la historia, las delicias de la edad de oro y las ambiciones prometeicas, o, para recurrir a la terminología bíblica (r)Tj□□ □ TD(o)Tj□□ □ TD()Tj□□ □□ □ TD(n)Tj□□ □ T

porque la organización del Estado societa

No se erigirá el paraíso aquí abajo mientras los hombres estén marcados por el Pecado; se trata, pues, de sustraerlos a él, de liberarlos. Los sistemas que a ello se han abocado participan de un pelagianismo más o menos disfrazado. Sabemos que Pelagio (un celta, un ingenuo), al negar los efectos de la caída, quitaba a la prevaricación de Adán todo poder de afectar a la posteridad. Según él, nuestro primer ancestro vivió un drama estrictamente personal, padeció una desgracia que sólo le atañía a él, sin conocer de ninguna manera el placer de legarnos sus taras y sus desgracias. Nacidos buenos y libres, no hay en nosotros ninguna huella de una corrupción original.

Difícilmente imaginamos doctrina más generosa y más falsa; es una herejía de tipo utópico, fecunda por sus mismas exageraciones, por su absurdo rico en perspectivas. Y no porque los autores de utopías se hayan inspirado en ella directamente; pero no se negará que existe en el pensamiento moderno, hostil al agustinismo y al jansenismo, toda una corriente pelagiana -el idólatra del progreso y de las ideologías revolucionarias sería su conclusión- según la cual formaríamos una masa de elegidos *virtuales*, emancipados del pecado original, modelables a placer, predestinados al bien, susceptibles a todas las perfecciones. El manifiesto de Robert Owen nos promete un sistema propio para crear «un nuevo espíritu y una nueva voluntad en todo el género humano, y para conducir a cada uno, a través de una necesidad irresistible a tornarse consecuente, racional, sano de juicio y de comportamiento».

Pelagio, como sus lejanos discípulos, parte de una visión ferozmente optimista de nuestra naturaleza. Pero de ninguna manera está comprobado que la voluntad sea *buena*; incluso lo que sí es seguro es que de ninguna manera lo ha sido, ni la nueva ni la antigua. Sólo los hombres de disposición deficiente son espontáneamente buenos; los otros lo son a costa de grandes esfuerzos que los amargan. Siendo el mal inseparable del acto, resulta que nuestras empresas se dirigen necesariamente contra alguien o contra alguna cosa; en última instancia, contra nosotros mismos. Pero de ordinario, insistimos, nuestra voluntad no quiere más que a expensas de los demás. Lejos de ser más o menos unos elegidos, somos más o menos unos réprobos. ¿Quieres construir una sociedad en la que los hombres no se dañen unos a otros? Haz participar sólo a los abúlicos.

En realidad no tenemos opción más que entre una enferma voluntad o una mala voluntad; la primera, excelente por estar golpeada, inmovilizada, por ser ineficaz; la otra, dañina, es decir movilizadora, investida de un principio dinámico: la misma que mantiene la fiebre del devenir y suscita los acontecimientos. Y ésta es la voluntad que habría que quitarle al hombre si se piensa en una edad de oro. Pero sería tanto como despojarlo de su ser, cuyo secreto reside en esa propensión a dañar, sin la cual no sabríamos imaginarlo. Reacio a su felicidad y a la de los demás, actúa como si deseara la instauración de una sociedad ideal; pero si ésta llegara a realizarse, se ahogaría en ella, pues los inconvenientes de la sociedad son incomparablemente más grandes que los de la miseria. El hombre ama la tensión, el perpetuo encaminarse: ¿hacia dónde iría en el interior de la perfección? Inepto para el eterno presente, teme cada vez más a su monotonía, escollo del paraíso en su doble forma: religiosa y utópica. ¿No sería la historia en última instancia el resultado de nuestro temor al aburrimiento, ese temor que nos hará siempre amar lo picante y lo novedoso del desastre, y preferir cualquier desgracia al estancamiento? La obsesión por lo inédito es el principio destructor de nuestra salvación. Nos encaminamos hacia el infierno en la medida en que nos alejamos de la vida vegetativa cuya pasividad debería constituir la clave de todo, la respuesta suprema a todas nuestras interrogaciones; pero el horror que nos inspira ha hecho de nosotros esa horda de civilizados, de monstruos omniscientes ignorantes de lo esencial. Consumirse en cámara lenta, respirar sin más, padecer dignamente la injusticia de ser, sustraerse a la espera, a la opresión de la esperanza, buscar un término medio entre la carroña y el

aliento: estamos demasiado corruptos y demasiado jadeantes como para lograrlo. Decididamente nada nos reconciliará con el aburrimiento. Para que nuestra rebelión en su contra fuera menor, deberíamos, a través de alguna ayuda de arriba, conocer una plenitud sin acontecimientos, la voluptuosidad del instante variable, el deleite de lo idéntico. Pero una gracia así es tan contraria a nuestra naturaleza que nos hace dichosos no recibirla. Encadenados a la diversidad, sacamos de ella ese cúmulo constante de sinsabores y de conflictos tan necesarios para nuestros instintos. Desembarazados de preocupaciones y de impedimentos, estaríamos entregados a nosotros mismos, y el vértigo que nos produciría nos tornaría mil veces peores de lo que ya lo hace nuestra esclavitud. Este aspecto de nuestra decadencia escapó a los anarquistas, últimos pelagianos, quienes tuvieron, no obstante, la superioridad sobre sus antecesores de rechazar, por su culto a la libertad, todas las ciudades, empezando por las «ideales», y de sustituirlas por una nueva variedad de quimeras, más brillantes y más improbables que las antiguas. Si se rebelan contra el Estado pidiendo su supresión, es porque en él ven un obstáculo para el ejercicio de la voluntad fundamentalmente buena; ahora bien, precisamente porque la voluntad es mala nació el Estado, y si desapareciera, ella se complacería sin restricción alguna en el mal. Eso no impide que la idea anarquista de aniquilar toda autoridad sea una de las más hermosas que jamás se hayan concebido. Y no se deplorará lo bastante que se haya extinguido la raza de quienes quisieron realizarla. Pero quizá debieron borrarse y ausentarse de un siglo como el nuestro, tan presuroso por invalidar sus teorías y sus previsiones. Ellos anunciaban la era del individuo, pero el individuo llega a su fin; anunciaban el eclipse del Estado: nunca el Estado fue tan fuerte ni tan interventivo; anunciaban la edad de la igualdad: lo que llegó fue la edad del terror. Todo va degradándose. Hasta nuestros atentados, comparados con los de los anarquistas, han bajado de calidad: los que de cuando en cuando se realizan carecen de ese trasfondo de absoluto que redimía los de aquellos, ejecutados siempre con tanto cuidado y tanto brío. No hay ahora quien trabaje a bombazos por el establecimiento de la «armonía universal», ficción capital de la que ya nada esperamos... ¿Qué podríamos esperar, por otra parte, en los extremos de la edad de hierro a la que hemos llegado? El sentimiento que en ella predomina es el desengaño, resultado de nuestros sueños estropeados. Y si nosotros mismos no tenemos el recurso de creer en las virtudes de la destrucción, es porque, anarquistas desahuciados, hemos comprendido su urgencia y su inutilidad.

6

En sus principios, la edad de oro cuenta con el apoyo de los sufrimientos, y de alguna manera se afirma en ellos; pero mientras más se agravan éstos, más se aleja ella y más se apega a sí misma. Cómplice antaño de los sistemas utópicos, el sufrimiento se erige hoy contra ellos, en quienes ve un peligro mortal para la conservación de sus propias congojas, de encantos recién descubiertos. A través del personaje de *Memorias del subsuelo*, apela al caos, se rebela contra la razón, contra el «dos más dos suman cuatro», contra el «palacio de cristal» réplica del Falansterio.

Quien ha rozado el infierno, la desgracia planificada, encontrará su terrible paralelo en la ciudad ideal, lugar de felicidad para todos, y que resulta repugnante para quien mucho ha sufrido: Dostoievski se mostró hostil a ella hasta la intolerancia. Con la edad fue rechazándola radicalmente más y más en oposición a las ideas fourieristas de su juventud, y no perdonándose el haberlas enarbolado como propias, se vengó en sus héroes, caricaturas sobrehumanas de sus primeras ilusiones. Lo que en ellos detestaba, eran sus antiguas equivocaciones, las concesiones que había hecho a la utopía, algunos de cuyos temas, no obstante, iban a obsesionarlo: cuando, con el gran Inquisidor, divide a la humanidad en un rebaño feliz y una minoría devastada, clarividente, que asume sus destinos, o cuando, con Pedro Verjovenski, quiere hacer de Stavroguin el jefe espiritual

de la ciudad futura, un soberano pontífice revolucionario y ateo, ¿acaso no se inspira en el «sacerdocio» que los saintsimonianos situaban por encima de los «productores», o en el proyecto de Enfantin de hacer del propio Saint-Simon el papa de la nueva religión? Dostoievski identifica el catolicismo con el «socialismo» según una óptica en la que se advierte una mezcla eminentemente eslava de método y de delirio. En relación a Occidente, todo en Rusia está un grado más arriba: el escepticismo se convierte en nihilismo, la hipótesis en dogma, la idea en icono. Shigalev no profiere más necedades que Cabet; no obstante, pone en ello un encarnizamiento que no se encuentra en su modelo francés. «Ustedes no tienen obsesiones, sólo nosotros las tenemos aún», parecen decir los rusos a los occidentales por boca de Dostoievski, el obseso por excelencia, afiliado, como todos sus personajes, a un solo sueño: el de la edad de oro sin la cual, nos asegura, «los pueblos no quieren vivir y ni siquiera pueden morir». El no espera su realización en la historia, por el contrario, teme su advenimiento, sin con ello ser «reaccionario», pues ataca el «progreso» no en nombre del orden, sino del capricho, del derecho al capricho. Después de haber rechazado el paraíso por llegar, ¿va a salvar el otro, al antiguo, al inmemorial? Hará de ello el tema de un sueño que atribuirá sucesivamente a Stavroguin, a Versilov y al «hombre ridículo».

«Hay en el museo de Dresde un cuadro de Claude Lorrain que figura en el catálogo bajo el título de *Asis y Galatea*... Ese es el cuadro que vi en sueños, no como un cuadro, sino como una realidad. Era, al igual que en el cuadro, un rincón del archipiélago griego, y yo había retrocedido tres mil años. Olas azules y acariciadoras, islas y rocas, riberas florecientes; a lo lejos un panorama encantador, la llamarada del sol poniente... Era la cuna de la humanidad... Los hombres se despertaban y se dormían felices e inocentes; los bosques resonaban con sus alegres canciones, el excedente de sus fuerzas se gastaba en el amor, en la alegría ingenua. Y yo lo sentía conociendo el inmenso porvenir que les aguardaba y que ni siquiera sospechaban, y mi corazón temblaba al pensarlo» (*Los demonios*).

Versilov, a su vez, tendrá el mismo sueño que Stavroguin, con la diferencia de que ese sol poniente se le aparecerá de pronto, no como el del principio, sino como el del final de «la humanidad europea». En *El adolescente* ese cuadro se ensombrece un poco, y totalmente en *El sueño de un hombre ridículo*. La edad de oro y sus estereotipos se presentan aquí con mayor minuciosidad y más ardor que en los sueños anteriores: una visión de Claude Lorrain comentada por un Hesiodo sármata. Estamos en una tierra «anterior a la mácula del pecado original». Los hombres vivían en ella «en una especie de amoroso fervor universal y recíproco», tenían hijos pero sin conocer los horrores ni de la voluptuosidad ni del parto, erraban a través de los bosques cantando himnos, y, sumergidos en el éxtasis perpetuo, ignoraban los celos, la cólera, las enfermedades, etc. Todo esto sigue siendo convencional. Afortunadamente para nosotros, su felicidad, que parecía eterna, se revelará precaria: «el hombre ridículo» llegó y los pervirtió a todos. Con la aparición del mal, las convenciones desaparecen, el cuadro se anima. «Como una enfermedad infecciosa, un átomo de peste capaz de contaminar todo un imperio, así contaminé con mi presencia una tierra de delicias inocente hasta mi llegada. Aprendieron a mentir, se complacieron en la mentira y aprendieron la belleza de la mentira. Quizás todo eso empezó inocentemente, por simple broma, por coquetería, como una especie de juego agradable, y quizá efectivamente por medio de un átomo, pero ese átomo de mentira se insinuó en sus corazones y les pareció amable. Poco después nació la voluptuosidad: la voluptuosidad engendró los celos, los celos la crueldad... Ay, no sé, no me acuerdo ya, pero pronto, muy pronto, la sangre saltó como primera salpicadura: se sorprendieron, se asustaron, comenzaron a alejarse los unos de los otros, a separarse. Se formaron alianzas entre ellos, pero dirigidas contra otros. Reproches y recriminaciones se dejaron escuchar. Aprendieron lo que es la vergüenza y de ella hicieron una virtud. El sentimiento del honor nació en ellos y cada alianza blandió su estandarte. Se pusieron a maltratar a los animales, y éstos se alejaron, hostiles, hacia el fondo de los bosques. Una

era de luchas se abrió en favor del particularismo, del individualismo, de la personalidad, de la distinción entre lo propio y lo ajeno. Hubo diversidad de lenguas. Aprendieron la tristeza y amaron la tristeza; aspiraron al sufrimiento y dijeron que la verdad sólo se adquiere a través de él. Y la ciencia hizo su aparición entre ellos. Malvados, fue entonces cuando empezaron a hablar de fraternidad y de humanidad comprendiendo la idea de ellas. Criminales, fue entonces cuando inventaron la justicia y dictaron códigos completos para conservarla; luego, para asegurar el respeto de esos códigos, instituyeron la guillotina. Ya no conservaron más que un vago recuerdo de lo que habían perdido, incluso no quisieron creer que antaño hubiesen sido felices e inocentes. No dejaban de burlarse de la posibilidad de su antigua felicidad, que consideraban un sueño» (*Diario de un escritor*).

Pero hay algo peor: iban a descubrir que la conciencia de la vida es superior a la propia vida que el conocimiento de las «leyes de la felicidad» es superior a la felicidad. A partir de entonces estuvieron perdidos; al apartarlos de sí mismos merced a la obra demoníaca de la ciencia, al expulsarlos del eterno presente en la historia, «el hombre ridículo» reeditó los errores y las locuras de Prometeo.

Una vez perpetrado su crimen, helo ahí que predica, instigado por el remordimiento, una cruzada para la reconquista de ese mundo de delicias que arruinó. Se aventura en ella sin creérselo realmente. Tampoco el autor, al menos ésa es nuestra impresión: después de haber rechazado las fórmulas del Porvenir, no retorna a su obsesión preferida, la felicidad inmemorial, más que para desmenuzar su inconsistencia y su fantasmagoría. Aterrado por su descubrimiento, intenta atenuar los efectos, reanimar sus ilusiones, salvar, aunque sólo sea como idea, su sueño más caro. No lo conseguirá, lo sabe tan bien como nosotros, y apenas desnaturalizamos su pensamiento al afirmar que concluye con la *doble imposibilidad del paraíso*.

Finalmente, acaso no es revelador que, para describir el paisaje idílico de las tres versiones del sueño, haya recurrido a Claude Lorrain, de quien Nietzsche amaba, como Dostoievski, los sosos encantamientos? (¡Qué abismo presupone una predilección tan desconcertante!) Pero a partir del momento en que se trata de pintar la disgregación de la felicidad original, el decorado y los vértigos de la caída, ya no copia a nadie, se inspiró en sí mismo, aparta toda sugerencia extraña; incluso deja de imaginar y de soñar, ve. Se reencuentra en su elemento, en el corazón de la edad de hierro por amor a la cual habían combatido «el palacio de cristal» y sacrificado el Edén.

7

Puesto que una voz tan autorizada nos instruyó sobre la fragilidad de la antigua edad de oro y sobre la nulidad del futuro, forzoso nos es sacar las consecuencias y no dejarnos embaucar por las divagaciones de Hesiodo ni por las de Prometeo, y menos aún por la síntesis que de ellas han intentado las utopías. La armonía, universal o no, no existió ni existirá jamás. En cuanto a la justicia, para creerla posible, para imaginarla simplemente, habría que gozar de un don de ceguera sobrenatural, de una elección desacostumbrada, de una gracia divina reforzada por una gracia diabólica, y contar, además, con un esfuerzo de generosidad del cielo y del infierno, esfuerzo, a decir verdad, altamente improbable, tanto de un lado como del otro. Según el testimonio de Karl Barth, no podríamos «guardar siquiera un hálito de vida si en lo más profundo de nuestro ser no existiera esta certeza: Dios es justo». Hay quienes, no obstante, viven sin conocer esta certeza, sin nunca haberla conocido. ¿Cuál es su secreto?, y, sabiendo lo que saben, ¿merced a qué milagro siguen respirando?

Por muy despiadados que sean nuestros rechazos, no destruimos del todo los objetos de nuestra nostalgia: nuestros sueños sobreviven a nuestros despertares y a nuestros análisis. De nada vale dejar de creer en la realidad geográfica del paraíso o en sus diversas figuraciones, de todas maneras reside en nosotros como un dato supremo, como

una dimensión de nuestro yo original; de lo que se trata ahora es de descubrirlo ahí. Cuando lo conseguimos, entramos en esa gloria que los teólogos llaman *esencial*; pero no es a Dios a quien vemos cara a cara, sino al eterno presente, conquistado por encima del devenir y de la misma eternidad... ¡Qué importa ya entonces la historia! Ella no es el asiento del ser sino su ausencia, el *no* de toda cosa, la ruptura de lo viviente consigo mismo; y no estando constituidos por la misma sustancia que ella, nos negamos a cooperar en sus convulsiones. Está libre para aplastarnos, tocará únicamente nuestras apariencias y nuestras impurezas, esos *restos de tiempo* que siempre arrastramos, símbolos de fracaso, marcas de esclavitud.

El remedio para nuestros males hay que buscarlo en nosotros mismos, en el principio intemporal de nuestra naturaleza. Si la irrealidad de un principio tal se demostrara, estaríamos perdidos sin remedio. ¿Qué prueba, qué demostración podría prevalecer contra la persuasión íntima, apasionada, de que una parte de nosotros escapa a la duración, y contra la irrupción de esos instantes en los que Dios es superfluo con una claridad surgida de nuestros confines, beatitud que nos proyecta fuera de nosotros mismos, conmoción exterior al universo? No más pasado, no más futuro; los siglos se desvanecen, la materia abdica, las tinieblas se agotan: la muerte parece ridícula y ridícula la vida. Y esa conmoción, aunque sólo la hubiésemos sentido una vez, nos bastaría para conformarnos con nuestras vergüenzas y miserias, cuya recompensa son sin duda. Es como si el tiempo en su *totalidad* hubiese venido a visitarnos, una última vez, antes de desaparecer... Inútil remontarse después hacia el antiguo paraíso o correr hacia el futuro: uno es inaccesible, el otro irrealizable. Lo que importa, por el contrario, es interiorizar la nostalgia o la espera, necesariamente frustradas cuando se vuelven hacia el exterior, y obligarlas a discernir o a crear en nosotros la dicha por la que, respectivamente, sentimos o nostalgia o esperanza. No hay paraíso más que en el fondo de nosotros mismos, y como en el yo del yo; todavía falta, para encontrarlo ahí, que hayamos recorrido todos los paraísos, los acaecidos y los posibles, haberlos amado y detestado con la torpeza del fanatismo, escrutado y rechazado después con la pericia de la decepción.

Se dirá que cambiamos un fantasma por otro que las fábulas de la edad de oro son tan válidas como el eterno presente con el que soñamos, y que el yo original, fundamento de nuestras esperanzas, evoca el vacío y a él se reducirá finalmente. Puede ser. ¿Pero acaso un vacío que otorga la plenitud no contiene más realidad que la que posee toda la historia en su conjunto?